

MI HABITACION,
MI CELDA

Índice

Prólogo I

Prólogo II

PRIMERA PARTE

Memorias para antes de mañana

“Coração de meu Brasil...”

“Palabras para Julia”

“Yo me peinaba en Nikitin”

SEGUNDA PARTE

Entre el pesado gris plomo

Soy América, Cristina y las ventanas

Espejitos y espejismos

La guerra de los colores

El afuera

PRÓLOGO I

De Lilián Celiberti yo solo sabía que era una militante del Partido por la Victoria del Pueblo, que trabajaba como maestra, que era feminista y que su nombre dos por tres aparecía citado en los medios de comunicación a raíz del secuestro que ella, sus dos hijos (Francesca de 3 años y Camilo de 7) y Universindo Rodríguez habían sufrido en 1978 en Porto Alegre debido a una acción conjunta del ejército nacional y el DOPS brasileiro.

Sabía también que, de lo vivido por los uruguayos en las cárceles de la dictadura había cientos de testimonios en la prensa y que de ellos, los publicados en forma de libro tenían un denominador común que se sumaba a los otros: eran hombres quienes escribían. Sin embargo, todos habíamos escuchado alguna vez hablar de las presas en el Penal de Punta Rieles, de su resistencia, de su capacidad creativa, de los poemas y el teatro clandestino, de la fuerza y la solidaridad con que enfrentaron la represión. ¿Qué había pasado con ellas? ¿Por qué hablaban tan poco de sí mismas? ¿Otra vez la historia sería contada solamente por los hombres, incluso ahora, que en la lucha por la democracia había nacido en el país un movimiento de mujeres exigiendo participación y reivindicando su protagonismo?

Alguien tenía que empezar a armar esta historia y me preguntaba por qué Lilián, que a sus años en el Penal de Punta de Rieles sumaba una reflexión feminista, no daba un testimonio sintetizador de las dos experiencias. Por eso este libro es el producto de una conversación de tres meses y no pocas discusiones y de la que quedaron once cassettes que son a la vez reportaje, diálogo, reflexión y catarsis de la que ambas nos responsabilizamos.

Pero es, sobre todo, un pequeño fragmento de la historia que debe ser contada y es apenas parte de la historia de una de esas mujeres, con su visión personal de una vida colectiva. Muchas de las compañeras que estuvieron en el Penal de Punta Rieles estarán de acuerdo con su enfoque y muchas no. Ojalá sea lo suficientemente controvertido como para que otras voces sumen otros fragmentos.

Lucy Garrido

PRÓLOGO II

Dice el diccionario que la historia es, entre otras “narración verídica de acontecimientos de o relativo a personas o cosas”. Me aferré a esta por miedo, por pudor, por vergüenza de hablar de mi misma.

Esta es una visión personal de un gran dolor colectivo. Hablo para sumar miles de voces que impidan la estafa, el robo, la mistificación y la mentira sobre aquello que fue la materia de nuestros días y noches.

En la euforia de inaugurar nuevamente la vida, nos metimos en la faena de rehacerla con esperanza, sin recelos, confiando plenamente en el olor y el sabor de los mejores recuerdos. Volvimos a recorrer Montevideo por todos sus rincones, en todos sus grises y sus verdes, para que se nos metiera en la piel como un bálsamo. Gritamos, y a veces con mucha fuerza, pero sin duda mucho menos de lo posible. Teníamos confianza en nosotros mismos, en todos, en la dignidad con la que se abriría paso la justicia.

Pero las heridas dejaron otros miedos y el poder tiene muchos artilugios.

La rebeldía de entonces nos hizo sobrevivir. Luchar para ser personas -a pesar del condicionamiento - fue la principal trinchera de la única guerra que se dio en el país desde el golpe: la de la dignidad contra el terror. Y de esa guerra, los únicos vencedores son los miles de hombres y mujeres que desde todas las limitaciones, las cobardías y los miedos, pudieron resistir y organizarse para defender sus ideas socialistas sólo porque aman la vida, porque viven con la esperanza y porque crean.

Esta historia es un fragmento de esas miles, nacida de la necesidad de reivindicar el derecho a la palabra, nacida del hartazgo de una politiquería que cierra las tenazas del poder sobre nuestros sufrimientos.

Es un acontecimiento privado que se une a lo colectivo.

Tal vez le falte análisis político, contexto social y económico; en el buen sentido de la palabra, el marco ideológico que encuadra nuestras conductas de lucha.

Le falta el debate, la historia (de la que conocemos sus jirones trágicos en muertos y desaparecidos) de la rebeldía y la conciencia socialista expresada en los esfuerzos organizados de enfrentar a la dictadura, cuando el silencio y la prescindencia eran las conductas políticas de todo un espectro del escenario nacional.

Pero, en todo caso, éste es el resultado de horas de charlas que buscaban contar, explicitar, la vivencia de una mujer ante la represión. No pretendimos hacer un análisis global. Sólo incursionamos en una búsqueda de identidad colectiva como mujeres.

El hecho de que ambas pertenezcamos a diferentes partidos dentro de la izquierda fue una de las experiencias más enriquecedoras y más enigmáticas. Tal vez la militancia feminista nos haya abierto una perspectiva más amplia del quehacer político, identificando campos de unidad profunda, en la lucha contra la dominación patriarcal.

Lilián Celiberti

PRIMERA PARTE

ANTES DE MAÑANA

La espera, siempre rodeada de misterio para que lo bueno parezca malo y lo malo peor.

Todo está listo. Pero qué. De tanto auscultar signos y hacer conjeturas diariamente, se adquiere el hábito. Lo imprevisible está a la orden.

La mujer vestida de verde entrega un papel. ¿Porqué no habla? ¿Qué piensa? ¿Siente rabia, miedo, desprecio? Simplemente está allí, con todo su ser papel. En el silencio hay que gritar, hacer el último gesto: ¡Hasta siempre, compañeras!

El trecho hasta la guardia es corto. Recién allí tendrá todo más claro: el paquete que le entregarán es el signo; es también el símbolo.

_ Rápido. ¡Apúrese!

¿Por qué rápido? ¿Acaso no ha gastado tantos años imaginando, creando, construyendo este momento? El sol de noviembre esta vez es promisorio. Lentamente, los grises caen mientras las manos se excitan al tacto nuevo de la ropa que no dice 590. Para estrenar la vida nuevamente. Es como salir de una crisálida (esa cosa tan fea con un nombre tan lindo) en primavera. Es primavera.

Pero ese montón de ropa gris fue lo que a la mariposa el gusano: su casa, su habitación, su celda.

Mamá me habla, me cuenta: no le pudo avisar a Francesca, la llamaron de apuro; dos días antes de lo previsto para que no se enteraran los periodistas brasileiros El trayecto desde el penal hasta la carretera está armado de guerra. Qué ridículo.

Esperé tanto este momento que no sé cómo vivirlo; la alegría es como una borrachera. Mil veces quisiera andar ese camino para degustarlo de nuevo.

Cuando todo se estrena las sensaciones se confunden y apenas tengo calma para mirar las cosas. Entro a las cosas: los sillones tienen otra tela, pero las sillas naranja y la repisita son las mismas. La casa está más vieja, más descolorida. Busco el espejo del cuarto de mamá para mirarme entera.

Llega gente. Son periodistas, me explican mis padres, son también amigos.

Tomamos cerveza, hago declaraciones, abrazo a Francesca que llega arrancada de un cumpleaños. Luces, televisión, ruido... es tan grande el contraste...

Todas las caras desconocidas son iguales. Mamá me explica qué representa para ella cada una: años de trabajo, de investigación, de miedo. Siento en sus miradas que me conocen y me quieren y eso me sorprende y emociona pero también me avergüenza.

¿Cómo tienen las fotos de los secuestradores? los pedazos de la historia se empiezan a unir en mi cabeza y comienzo a distinguir los pequeños fragmentos de un puzzle que para mí estaba formado de piezas grandes y uniformes.

Regreso, pero no del todo. Los números de las casas, de los ómnibus que veo, para mí tienen nombre: 546, Cristina; 470, María Rosa.

Las horas tienen gestos: ahora están tomando el té. Si pudiera volver para decirles del espejo, del color de las sillas... Quiero traerlas. Tantas cosas vividas juntas y

justo hoy no poder contarles. En el calabozo siempre me preguntaba si los sonidos eran reversibles; lo que yo oía, ¿también se podía sentir del otro lado de esa caja?

Pero los matices se van perdiendo según pasan las horas y aquella caja se cerraba más y más sobre sí misma.

El relato se repite una y mil veces y hay una tarea inmediata: meterse, empaparse de cosas, y de gente, y de vida.

Ese domingo fue a la Rodoviaria de Porto Alegre a esperar a una compañera. Eran las 9 de la mañana. Alguien, con tono amable, le pidió los documentos. Entregó el pasaporte uruguayo y la condujeron a una oficina. Su situación en Brasil era legal y pese a que sabía de las nuevas detenciones en Buenos Aires y Montevideo, pensó que no debía preocuparse. Un uruguayo la saluda como si la conociera. Ella recuerda: Capitán Giannone, 1973, Punta de Rieles, famoso por la depredación que hacía con los paquetes que los familiares enviaban, pero más por su sostenida aureola de crueldad. Ya no puede decirse que nada grave sucede aunque la conciencia del peligro, en vez de incentivar sus energías, la sume en la pasividad del que espera la reacción del otro y sólo puede pensar que Camilo y Francesca aún estarían en Italia si ahora fuese octubre y noviembre no viniese tan mal aspectado. Camilo y Francesca, que están esperando ir al fútbol con Yano* mientras ella, en Jefatura, desnuda y con alambres en los oídos y en las manos, recibe las descargas y el agua, las descargas y el agua, las descargas y el agua, pensando en el hijo de Sara, en la hija de Emilia, en Camilo y Francesca, Camilo y Francesca...

.....
(*) Apodo de Universindo Rodríguez.

¿Tenías más dolor que miedo?

El miedo lo sentís en los intervalos. En los momentos concretos solo sentís dolor. El verdadero miedo es el que se siente cuando esa sesión de tortura termina y vos sabés que va a comenzar la otra, o que no comienza nada y vos estás esperando, paralizada por esa sensación, tal vez la más terrible que se pueda sentir. En ese momento lo que más te duele es la humillación que significa estar ahí, aullando, con el cuerpo embadurnado de mierda y saltando sin poder controlarte, saltando sin que tu voluntad pueda impedirlo. El objetivo de la tortura es ése: denigrarte como persona, que tu cuerpo, tu voluntad, pierdan el control y te sientas un montón de carne, huesos, mierda y dolor y miedo.

Y ahora, que lo estás recordando, ¿no te asusta?

Me daría miedo si pensara que mañana me puede volver a pasar una situación semejante, pero recordarlo no me asusta. Me avergüenza y me indigna.

Me vistieron y me llevaron al apartamento.

Sellig, el encargado del DOPS* me había permitido dejar a los chiquilines en la casa de unos vecinos y yo creía que, de hacerlo, me podría sentir libre de responsabilidad y sentimientos de culpa; que de allí en adelante sólo debería preocuparme por mí y contar con mis propias fuerzas, las tuviera o no. Pero todo salía mal. Golpeé en la casa de esos vecinos y no estaban, golpeé en otra y tampoco, golpeé en todos los apartamentos y no había nadie, nadie. Creo que no podré perdonarme nunca la estupidez de ese momento; no fui capaz de gritar ni de correr, de intentar algo más que no fuera golpear la puerta de todos los veci-

.....
* Cuerpo de policía brasilera.

nos. Allí nos permitieron hablar unos minutos a Yano y a mí, fue la última vez que hablamos hasta salir en libertad y no creo que hayamos dicho más que “¡Suerte!”.

Nos metieron en un auto y nos llevaron a Jefatura. Nadie hablaba. Era de esas situaciones que se dan en las que todos saben lo que está pasando, y sin embargo todos se quedan sin palabras. Sólo Francesca, en la inconsciencia de sus tres años, jugaba con los policías y en su media lengua de italiano y español preguntaba y pedía que la convidaran con torta. Recuerdo que yo me sentía igual que unos años antes cuando Camilo estuvo muy grave y no me separaba de su lado; ahora, como entonces, quería protegerlos con la cercanía física, como si eso fuera posible; como si todo el miedo fuera a terminarse pronto, como si realmente pudiera hacer algo solo con el abrazo.

Una mujer vino a cuidarnos. Le conté de las desapariciones de niños en la Argentina y le pedí que llamara a mis padres en Montevideo y les avisara lo que estaba pasando. No parecía adiestrada en la represión y el odio: era, simplemente, una mujer sumisa y habituada a pensar, como mucha gente, que “todo el que va preso, por algo será”. No se atrevió a hacer nada, pero tiempo después, cuando se inició la investigación del secuestro y se empezaron a descubrir las cosas, llamó a nuestro abogado diciendo que quería declarar. Extrañamente, antes de que se presentara a hacerlo, murió, y más extrañamente, a su velatorio asistieron (pese a ser una funcionaria de bajo escalafón), todos los jefes de la Policía de Porto Alegre y fue enterrada con honores.

Mientras tanto, nada me había salido bien: los vecinos no estuvieron, la mujer no llamó a mis padres y cuando me corté las muñecas (no para suicidarme, como interpretaron mis captores, sino para que tuvieran que llevarme al hospital y evitar el traslado a Uruguay) me agarraron a tiempo. Después, a la 1 de la madrugada, empezó el viaje hacia el Chuy.

¿ Se comportaban igual los captores uruguayos que los brasileiros?

La desaparición era el principal enemigo contra el que luchar. Frente a él veía dos comportamientos en mis captores. Los militares uruguayos me lo daban a entender como algo factible, por la misma forma del operativo: si nos detenían ilegalmente en Brasil, lo más fácil era hacernos desaparecer (a esa altura había ya cerca de cien desaparecidos), y más aún si en el medio estaban dos niños que complicaban bastante las explicaciones del hecho. Por otro lado, en los policías brasileiros me parecía captar como interés principal el que rápidamente nos sacaran del país, desembarazarse de nosotros cuanto antes porque eran más sensibles a las consecuencias. No desde el punto de vista humano sino debido al momento político de Brasil. En noviembre del 78, en medio de una campaña electoral con fuerte crecimiento del entonces único partido de oposición, con muchos conflictos en los sindicatos por reivindicaciones salariales y con libertad formal de prensa, a los militares brasileiros les interesaba mostrar cierta fachada legal. Ellos me daban la seguridad de que a mis hijos no les iba a pasar nada pero, lógicamente, era muy difícil creerles aunque dijeran que había un compromiso de los uruguayos de entregar a los niños apenas llegáramos a Montevideo. Lo más extraño era que hubieran hecho todo ese operativo de apoyo a la dictadura uruguaya (como implicaba que el DOPS pusiera sus hombres, sus vehículos, su infraestructura y hasta sus aparatos de tortura) para simplemente detenernos a dos personas y dos menores. Por otra parte era raro que los militares uruguayos (sabiendo que había en Brasil otros compañeros del PVP) perdieran, por viajar, toda una noche o tal vez un día de interrogatorio. Realmente llamaba la atención, y en mis momentos de lucidez esto me hacía creer que en realidad no era la misma situación de comodidad que habían tenido en Buenos Aires o Paraguay en acciones similares

de los comandos antisubversivos del ejército uruguayo. Suponía que ése era el acuerdo que habían establecido con el DOPS o quien hubiera negociado este apoyo por el lado de las autoridades brasileras: comprometerse a involucrarlos lo menos posible en el episodio. También pensaba que la presencia de los niños y mi entrada legal a Brasil les complicaba el plan. La actitud de ambos aparatos represivos conmigo era bastante diferente. Mientras los brasileros querían hacerme sentir una cierta normalidad en el episodio y cuidaban las formas del trato (al menos delante de mis hijos), a los uruguayos estas cosas les importaban bien poco y había un tono siempre amenazante en sus intervenciones.

¿Cómo fue el viaje hasta el Chuy?

Desesperante. Camilo y Francesca se durmieron y yo tenía que pensar qué iba a hacer. Cada tramo hacia el Sur era más peligroso y más frío. Tener tiempo para pensar me agobiaba, el miedo tenía espacio para explayarse a sus anchas y convertirme en su instrumento. Los últimos años pasaban uno a uno por mi mente, los rostros conocidos, las ilusiones, los dolores; sentía que ése era el momento en que en realidad empezaba a vivir con lucidez, con capacidad de decidir por mí misma, el momento en que más amaba la vida, en que empezaba a descubrirla. Pensaba en las noches en que escribía cartas desde Italia a Montevideo; pensaba en que hacía 20 días que había vuelto de ir a buscar a mis hijos creyendo que era posible vivir en Brasil; pensaba en una amiga que el día de la partida me había preguntado si no tenía miedo y le había contestado que no. Pensaba. Pensaba, en el sentido más literal, que la noche no sería eterna y tenía los ojos fijos en el sol que salía pero sin ninguna promesa para mí, para nosotros.

Fue eternamente largo el viaje.

Las horas parecían no pasar nunca pero la conciencia decía que esa carretera llegaba a alguna parte.

Cuando empieza a amanecer, sé que los plazos se acortan. Como objetivo, va apareciendo claro lograr que en Brasil el DOPS se vea más involucrado en esta historia. Debía ingeniarme para que me llevaran de vuelta a Porto Alegre. No podían quedar impunes. Pero, ¿cómo hacerlo? Si era verdad que habían hecho todo para sacarnos de Brasil sin que nadie se enterara, no sería fácil convencerlos para que me llevaran nuevamente. Tenía que inventar algo, era la única posibilidad de salvación. Mis compañeros debían enterarse. Esta expectativa despierta mis energías y me concentro en cómo armar un plan.

En el Chuy nos cambian de autos; hay muchos hombres, todos de particular y con armas muy a la vista. Me ponen en una camioneta con Camilo, Francesca y dos de ellos que juegan ostensiblemente con las armas. Nos acuestan boca abajo. Al rato, la camioneta parte y camina un trecho corto. Les digo a mis hijos que estamos en Uruguay; Francesca está muy molesta y llorona, Camilo no dice nada y se mantiene muy serio y concentrado. Me parece un comportamiento demasiado adulto: no llora, no pregunta, no busca protección. Luego me bajan. Francesca no quiere que me vaya y yo la tranquilizo.

La Fortaleza de Santa Teresa está cerca. Me llevan a poca distancia del mar, al lado de unos árboles, y me preguntan sobre otros compañeros uruguayos en Brasil, cómo se reparte nuestro periódico, a quién conozco en Montevideo. Cada uno tiene una pregunta predilecta; Glauco Giannone juega al malo y grita muy alterado: “Esta está de viva, no hay que darle más pelota, vamos a actuar. ¡Total! Aquí termina el viaje ¿O piensa que nos vamos a tomar tantas molestias?” Dicen que me van a matar allí mismo porque no quieren más complicacio-

nes: “Uno más al Río de la Plata”. Me paran, me ponen junto a un árbol en un simulacro de fusilamiento y la verdad, no se me ocurrió ni por un instante que fueran a matarme. No tuve miedo; me parecía increíble que me mataran de esa forma tan simple, tan humana. El odio que tenían a todos era tan profundo que no creía que quisieran ahorrarle sufrimientos a nadie, y les dije: “Ustedes no van a hacer todo esto para matarnos así, simplemente”. El Capitán Ferro se acercó: “Parece que contigo se puede hablar”, dijo. Yo le contesté que sentía una enorme responsabilidad respecto a mis hijos y que podía decirles algo que tal vez les sirviera si se comprometían a salvarlos.

¿Ya habías armado el plan?

Sí. Ese día era lunes de mañana y les dije que el viernes vendría alguien a mi casa de Porto Alegre pero que no sabía quién era. “Seguramente es un compañero con responsabilidades”, agregué.

¿Y era cierto?

Sí. Sólo que yo contaba con algo que le había mandado decir por otro que había viajado a San Pablo: después de recibir una carta en la que me contaban que había detenidos compañeros en Montevideo, le expliqué que no iba a viajar a la frontera y que teníamos que comunicarnos el martes, miércoles y jueves por teléfono dado que la situación era muy riesgosa. Estas comunicaciones eran previas y necesarias antes de que él se trasladara el viernes a mi casa. Esto decía la lógica y yo me aferraba a ella. Pero en ese juego había algo muy peligroso, de lo que era consciente y por eso me asustaba.

Sentía una gran inseguridad: ¿y si algo salía mal? ¿y si algún compañero del partido venía?

¿Apostabas a que, de lunes a viernes, hubiera tiempo para que tus compañeros sospecharan o se enteraran de la situación?

Sí, y el segundo elemento era que nosotros habíamos entablado relación (a través del sindicato de periodistas) con un reportero de la revista *Veja* que investigaba a los Servicios de Seguridad y que nos había alertado sobre los comandos cazadores y de ciertos contactos que las fuerzas de seguridad uruguayas estaban haciendo con sus pares brasileras. A partir de esa conversación, surgió el acuerdo de que en una situación de secuestro se haría lo posible para que en Brasil se tuviera conocimiento y los periodistas pudieran informar obligándolos a transitar los caminos legales de la deportación.

En Brasil existían ciertas condiciones para organizar una denuncia. Entonces, lo fundamental era hacer saber los hechos, y dentro de mi plan, que no era muy preciso, éste era el principal objetivo: crear condiciones para que se supiera que habíamos sido secuestrados. Por eso quería que me llevaran de nuevo a Brasil y que en esos cinco días se armaran de tal manera las cosas que, el viernes, en vez de mis compañeros, llegaran a mi casa los periodistas.

Pero mis dudas eran enormes: ¿esto podrá resultar?, y si no resulta, ¿qué? Temía que alguien pudiera pensar que estaba colaborando, temía que algo no saliera bien.

¿Dudabas que no se fueran a cumplir los criterios?

No, pero todos podemos equivocarnos, ¿y si el compañero no desconfiaba al no recibir mis llamadas? Una cosa era pensarlo en general y otra era qué va a pasar de aquí al viernes, qué va a pasar conmigo de aquí al viernes. Sabía que podía utilizar los elementos políticos que tenía para entender la situación y aprovecharla, adecuarla a mi

forma de ser, porque ya había experimentado que había cosas de las que no era capaz. Pero a la vez la situación era contradictoria y confusa, angustiante. Paso a paso se abrían abismos.

Cuando les digo que el viernes espero gente en casa, el Cap. Ferro consulta, vuelve, y me dice que nos vamos a Brasil. “Pero con mis hijos” digo yo, y me contesta “Eso no es posible. Sería una complicación más”. Los iban a usar como presión psicológica contra mí, teniéndolos como rehenes. Esta conciencia me dio una racional sangre fría: estoy jugada a esto y tiene que salir, vamos a seguir hasta el final. Tenía la seguridad de que, a pesar de todo, podía hacer algo que los jodiera y que eso tenía, además de un contenido político, también un valor personal: un desafío para defender lo nuestro, lo mío.

El momento de la despedida con Camilo y Francesca lo viví muchas veces; hasta el día de hoy no puedo pensarlo sin morirme un poco. Les digo que no se preocupen, que todo va a salir bien, que me llevan a Brasil pero pronto volveremos a vernos, y le pido a Camilo que no se separe de la hermana y la cuide.

¿Qué pensabas que iba a pasar con ellos?

Me habían dicho que los llevaban a Montevideo. En ese momento tenía una enorme confianza y viví la separación como algo necesario. Me sentí luchando para que no les pasara nada. Volví a adquirir iniciativa y eso era como revivir.

Antes de emprender camino hacia Porto Alegre de nuevo, dije que quería ver a Yano, cerciorarme de que estaba bien. Me permitieron verlo pero de lejos: lo tenían de plantón.

Cuando me iba, Francesca lloraba y me llamaba, y Camilo me miraba de una manera tan honda que me hería.

Las dos imágenes persiguieron mis noches por dos largos meses, hasta que supe que estaban a salvo. Sin embargo, cada tanto volverían: las cosas se superan pero no se olvidan.

“CORAÇÃO MEU BRASIL..”.

Y otra vez la misma carretera, tan recta, tan siempre igual... y aquella profesora de la que no recuerda el nombre pero sí sus clases, sí aquellos versos de la Divina Comedia "... Entonces se calmó algún tanto el miedo que había helado mi corazón durante la noche que pasé con tanta angustia y del mismo modo que aquel que saliendo anhelante fuera del piélago, al llegar a la playa, se vuelve hacia las ondas peligrosas y las contempla, así mi espíritu, temeroso aún, se volvió hacia atrás para mirar el trayecto..." Sonrió con el divague literario (¡uno se acuerda de cada cosa!) y se durmió para el resto del viaje.

¿Qué sentís cuando entras de nuevo en tu apartamento?

Horror. Era horrible; hubiera preferido seguir en la Jefatura. Estaba todo arrancado, las cosas... yo que sé, los libros tirados. Además, formaba parte del interrogatorio el que tomaran un libro y dijeran: "Este me lo agarro para mí y de repente era "El Principito" que le había regalado a Camilo cuando cumplió seis años; y aunque la casa todavía fuera bastante impersonal porque la habíamos alquilado con muebles, había cosas que nos pertenecían.

¿Vuelven a empezar los interrogatorios?

Los interrogatorios te los arman con mentiras y medias verdades pero sobre todo con los cables sueltos y los indicios que vas dejando por aquí y por allá. Ya habían llegado hasta mi casa por la boleta de pago del Jardín de infantes de mis hijos que yo tenía en la cartera y después aparece otra dirección de unos compañeros del partido. Cuando sabés que no existen marcos de legalidad ninguna, cuando conocés las atrocidades del método aplica-

do para eliminar a los opositores, no sólo la fortaleza o la convicción resultan fundamentales sino esas cosas, la prolijidad y pulcritud en el trabajo previo.

Para que sólo dependa de vos tenés que estar segura de que no hay nada de lo que te rodea que pueda servirles para destruirte.

El uruguayo que siempre estaba era Ferro y era el encargado de comunicarse permanentemente con Montevideo para que le dijeran, a partir de las cosas que habían encontrado en casa y de los datos que habían obtenido, cómo conducir el interrogatorio. Cuando recién llegamos me interrogaron otra vez en el DOPS y luego todos los días en mi apartamento.

¿Dejaban entrar la luz del día?

No, estábamos todo el tiempo con las persianas bajadas y en el living prácticamente las 24hs. Además de Ferro, había cinco brasileros. Lo más divertido de todo eso...

¿Divertido?

Sí, de todos esos días (que fueron martes, miércoles, jueves, todos hasta el viernes) era que yo no podía comer absolutamente nada y eso les preocupaba porque pensaban que me quería enfermar y se pasaban comprando de todo: ananá, pollos, jugos de fruta.

¿Y por qué no te obligaban a comer?

Estaban en la película del buen vecino, me trataban bien. No se si era un mutuo verso o si ellos en realidad pensaban... yo nunca supe si realmente creían que yo el viernes iba a entregar a alguien o si no lo creían. Dudaba sobre eso. A veces me preguntaban cosas que estaban en clave

y yo se las descifraba mal. Era un juego de inteligencia sobre el cual tengo serias dudas. Hablando con ese tipo, con Ferro, me sentía segura; no tenía miedo en un interrogatorio sentados a una mesa porque, por más que estaba muy cansada, también tenía un aceleramiento enorme.

El jueves pasó una cosa horrible. Sentí que se me desmoronaba todo. Llegó un telegrama desde París que decía "Beca otorgada. Llamar urgente." Entonces me dije: "¡Pero cómo! Si me lo mandan es que no están seguros de qué pasó" mientras yo, a esa altura, pensaba que mis compañeros ya se habían dado cuenta de lo que estaba pasando. Me viene una inseguridad impresionante y le digo a Ferro (que después de ver el telegrama quiere que llame a París, cosa que yo no quiero hacer hasta por un problema de dignidad) que me dé una hora para estar sola, para pensar. Me voy al cuarto pero no sé por dónde empezar a pensar: "¿Y si llamo y por eso creen que no pasó nada? ¿Y sino llamo y entonces todavía les queda la duda y no vienen mañana?"

Quiénes no vienen mañana, ¿tus compañeros?

¡No, los periodistas! Lo que yo quería era que vinieran los periodistas al día siguiente! Si no llamo y no saben que estoy en mi casa y entonces no saben que pasó algo (porque no los llamé durante los tres días anteriores, como habíamos quedado), mañana se habrá terminado todo, me llevarán a Montevideo, estaré igual que el domingo pasado. ¿Y si llamo y no me entienden, y entonces mañana, en vez de venir los periodistas, viene el compañero? Entonces se jode todo y todavía encima yo tengo un peso para toda la vida. Al final le digo a Ferro que me dé un lápiz y un papel y escribo un mensaje que a ellos no les parezca raro pero que para mis compañeros resulte una alarma. Le digo a Ferro que decidí llamar, con lo que se queda muy contento y yo también por haber evitado otro interrogatorio. Le doy el

mensaje para que lo lea, me llevan a Jefatura, piden la llamada a París... Y fue horrible. Llamé y me estaban esperando. Me dicen “¡Qué suerte que llamaste!” Y me empiezan a contar sus preocupaciones, “No me digas nada”, le pido, “Tengo poco tiempo”, y le leo lo que tengo escrito.

¿Qué decía el mensaje? ¿Te acordás?

Más o menos era que le dijera al compañero de San Pablo que como yo no había podido hablar con él el sábado y no sabía dónde ubicarlo ni tenía su teléfono ni su dirección (cosas que él sabía que yo sí sabía: cuál era su teléfono y su dirección, y además que lo había visto el sábado) le avisara que el viernes yo iba a estar en mi casa a las 5 esperando, y le agregué una palabra que usábamos para designar a la prensa, para que le avisara a los periodistas. Por supuesto que este compañero se quedó desconcertado porque ni siquiera lo saludé. La espera hasta el viernes fue muy larga.

Desde el viaje del lunes, en que pudiste dormir, hasta este día, viernes, ¿no te dejaron hacerlo más?

No. Los que a veces dormían eran ellos. Ferro se acostaba en mi cama, en mi cuarto, y eso me indignaba. Sacaba conclusiones imbéciles de cómo sos, con quién te relacionás, a quién querés, a quién no querés, cómo es tu vida. Me provocaba diciendo que era una liberal. No usaba palabras groseras, se hacía el fino, decía que me encantaba jugar con los hombres y cosas por el estilo, pero que se quedara en ese plano no me afectaba demasiado. Dentro de lo que podía elegir, prefería que hablara de eso y no de las otras cosas.

Hablaba bastante. Decía que su mujer era del Frente Amplio y que el mismo conocía muchos frentistas que eran sus amigos. Le gustaba sentirse inteligente, sentir que no solo te

podía derrotar con la fuerza bruta sino también intelectualmente. Aunque era bastante estúpido, en mi opinión. Dos o tres veces agarró libros míos y me comentó que había estudiado mucho sobre marxismo, buscando también la discusión sobre esos temas. Eran otras técnicas de interrogatorio, pero no era por ahí que a mí me daba miedo. Realmente, me daba miedo pensar: “Si esto falla, qué va a pasar después”.

Llega el viernes.

Sí. Llega el viernes y a las 5 de la tarde aparecen los periodistas Luis Claudio y Scalco. En el primer momento siento una gran euforia. Me hacen abrir la puerta y yo no había pensado qué era lo que iba a decir. Miro por el visor, los veo, empiezo a sentir que el corazón se me sale, (como dicen las telenovelas) y que todo el mundo se da cuenta de que yo estoy feliz, pero en realidad estoy como una piedra. Abro la puerta, los periodistas me dicen: “Nosotros nos conocemos” y yo les digo que no. Pero en ese momento Ferro llega con las armas y a mí me tiran para un cuarto y me encierran con un tipo. No escucho demasiado bien lo que pasa en la otra pieza. Sé que los interrogan y que a la hora, más o menos, los dejan ir. Ahí yo espero que los periodistas se acuerden de todo lo que habíamos hablado antes y que cuando me saquen de la casa estén los fotógrafos y el resto de la prensa. No pasa nada de lo que esperaba. En el momento en que los periodistas se van, los milicos empiezan a juntar todo. “Nos vamos, nos vamos”, dicen muy apurados, y me sacan en un auto.

Pero si fueron es porque entendieron el mensaje.

Claro, pero al no ocurrir la segunda parte (el que estuvieran fotografiando la salida) a mí me entra la duda.

Me llevan a una de las habitaciones de la Jefatura. Me traen cigarrillos, me ofrecen comida... Toda una actitud

de lo más solícita. Los guardias brasileros parecen muy nerviosos. Me dicen: *“No me reconozcas por favor, éste es un trabajo como cualquier otro”*. Pasan las horas y siento una gran incertidumbre sobre lo que sucede. En algún momento de la noche me ponen en un auto y me traen para Montevideo. Por un lado pensé que todo había sido para nada y por eso me llevaban, pero por otro, y al ver el cambio de actitud en los guardias, pensaba que las cosas no iban a ser tan fáciles para ellos, que había hecho todo lo que podía hacer y que ya no dependía más de mí.

En realidad, ¿qué había pasado con los periodistas? En el film “Cuando sea grande” realizado en Brasil, aparece el testimonio de Luis Claudio Cunha:

El 17 de noviembre de 1978 yo era jefe de la sucursal de la revista Veja en Porto Alegre y recibí un llamado de alguien hablando en español, diciéndome que una pareja y dos niños habían desaparecido de su departamento en la calle Botafogo. Yo pregunté qué querían decir con desaparecido y me contestó que era “detenido”, entonces pedí a Scalco, fotógrafo de la revista Placar (que trabaja en la misma sucursal) que me acompañara y fuimos hasta allá.

Había un auto estacionado delante de la casa. Pasamos cerca del auto (era el único movimiento que se percibía en el lugar) y entramos en el edificio. Llegamos hasta la puerta del apartamento 110 y tocamos timbre. Mientras tanto, un hombre fuerte entró a nuestras espaldas y subió la escalera. Cuando iba a tocar el timbre por segunda vez, la puerta se entreabrió y apareció el rostro de una joven morocha, flaca, mirada asustada, los ojos moviéndose nerviosamente. Dije:

“Nosotros somos de la Editorial Abril, nos acaban de llamar de San Pablo y queremos saber si está todo en orden”. Bueno, ella no tuvo tiempo de contestar porque

en ese momento la agarraron y la metieron para otro cuarto. La puerta se abrió del todo y aparecieron dos hombres, uno con un revolver enorme, una 45, apuntados directamente a los ojos. Uno de ellos me miró y dijo: “¿San Pablo?”, e hizo una señal para que entráramos. En ese momento el hombre que había subido la escalera ya estaba detrás de nosotros empujándonos hacia adentro.

Nos pusieron en la sala casi a oscuras, con una pequeña televisión prendida, a medio volumen para dar la impresión de normalidad. Nos pusieron contra la pared de espaldas, las manos apoyadas, y uno de ellos nos dio un golpecito en las rodillas, típica actitud policiaca, para que nos quedáramos sin apoyo mientras los otros dos nos revisaban para ver si estábamos armados. Me sacaron la bolsa que llevaba, la máquina fotográfica y la bolsa de Scalco. Pusieron todo sobre la mesa, al lado de la TV. Hasta ese momento pensaban que éramos uruguayos. O por lo menos, era lo que sospechaban porque cuando les hablé en portugués: “¡Eh! ¿Qué pasa? ¡Somos periodistas de la revista Veja!”, percibí una cierta irritación en el hombre de bigotes que parecía comandar la operación, y se mostró sorprendido por el hecho de que yo hablara español al llegar y ahora estaba hablando portugués. Y, peor, que yo era periodista.

Se enojó y dijo: ¿Pero qué están haciendo aquí?

Le contesté: Mira, recibí un llamado...

¿De quién? preguntó.

No sé, un llamado anónimo, alguien de San Pablo.

¿Cómo sabés que era de San Pablo? volvió a preguntar.

No estoy seguro que fuera de San Pablo, podía ser de un teléfono público..., o de San Pablo, no sé.

Me preguntó entonces ¿Pero como es eso? ¿Ustedes salen por cualquier llamado que reciben?

Mira, mi trabajo es averiguar la información que recibo. Hago mi trabajo como ustedes hacen el suyo. ¿Qué pasa?

Agotadas las preguntas y sorpresas por aquella aparición que no estaba programada, el jefe se retiró del apartamento. Nosotros nos quedamos allá, en medio de aquellos hombres armados, silenciosos...

El fotógrafo, Joao Baptista Scalco, agrega: Entonces el supuesto jefe del operativo volvió, más amable, pidiéndonos documentos que probaran si realmente éramos periodistas... Le enseñamos la documentación, él la apuntó y entonces le preguntamos qué estaba pasando. El contestó: No es nada, apenas problemas de extranjeros ilegales en el país. Contrabando. Ustedes entienden...

El lunes fuimos hasta la policía para conseguir datos oficiales sobre lo que había sucedido. Fuimos a la Policía Federal y el Delegado nos dijo que desconocía la operación. Fuimos a la Policía Estadual y también negaron tener conocimiento. Ahí nos entró la duda: si todos negaban un hecho que habíamos presenciado, hecho en que la policía había participado notoriamente, entonces el asunto era bastante diferente de lo que parecía ser. A partir de ese momento, empezamos a tratar de un caso en el que se evidenciaba, cada vez más, la sospecha de un secuestro. Y las autoridades, negando siempre cualquier tipo de vinculación..., termina diciendo Luis Claudio Cunha.

¿Y los compañeros en San Pablo qué pudieron hacer?

Conocía a mis compañeros y en particular a Hugo Cores, sabía del valor político que le atribuían a la denuncia, a que los crímenes y atrocidades de la dictadura no quedaran impunes y sabía de la tenacidad y exactitud de esta labor. Había participado en el armado de todos los testimonios y denuncias de los compañeros que habían desaparecido en la Argentina, había visto tejer una red de comunicación por todos los países y en todas las tribunas y estaba segura que ahora también lo harían. Podía imaginar a Hugo escribiendo cartas, llamando por teléfono, conectando abogados y organizaciones de derechos humanos. Sabía que no estaba sola, que para mi partido hacer esto era un acto político prioritario.

Fueron a las organizaciones de DDHH y consiguieron un abogado en Porto Alegre que también pudiera ir al apartamento a verificar qué estaba pasando... y ahí hubo una descoordinación horaria totalmente fortuita. Cuando el abogado llegó eran las 7 de la tarde y ya no estábamos. Tocó timbre, no había nadie, no conocía a los que habían hablado por teléfono. Omar Ferri es un tipo bárbaro que terminó siendo nuestro abogado en Brasil. Pero claro, a la media noche me sacan de la Jefatura y el cuerpo del delito desaparece.

¿Cómo llega la noticia a la prensa?

Luis Claudio y Scalco pasan unos días sin saber qué hacer, hasta que mis compañeros llaman a mi familia. Pocos días después mi madre llega de Italia, mi padre le dice que habíamos tenido un problema en Brasil y ella se va inmediatamente a Porto Alegre. Le dice al Dr. Ferri que estábamos desaparecidos, hace una conferencia de prensa y empieza toda la investigación. La policía niega que hubiéramos estado detenidos allí, pero al día si-

guiente de la denuncia que hace mi madre, entregan a los chiquilines, después de tenerlos 14 días secuestrados en un apartamento.

Volvamos para atrás. Llegas a Rivera.

Cuando llegamos están en la frontera el Capitán Carlos Rosell y el Mayor Bassani. El primero me dice: “Nos cagaste” y yo le contesto “¿Por qué si yo siempre hice lo que me mandaron que hiciera?”. “¿Cómo fue que avisaste? Me preguntaban. “Yo no avisé nada. Preguntale a éste que sabe, pedile que te deje ver el mensaje que leí por teléfono”. Fue lo único que me dijeron en el auto, queriéndome intimidar con: “A vos nunca te tiraron de un avión, ¿no?”, queriéndome crear todo un clima que, a decir verdad, en ese momento en que estaba muy tranquila y muy cansada, no me hacía efecto. Tenía mucho menos miedo que la primera vez.

¿Nunca pensabas en cosas simples, que no tuvieran nada que ver con eso?

Es difícil pensar en cosas simples en el cuarto oscuro de una capucha. En todo caso, los sentidos te traen la memoria de otros y otras, los que ocuparon ese mismo espacio antes que vos. Te aferrás a ellos para salir a flote. Tal vez falten las imágenes simples pero hay una gran ternura.

Llegas al cuartel.

Y aparecen las fotos, las preguntas, todas esas cosas, y cada uno de los tipos que entra tiene una cosa mía puesta, un buzo, una pulsera. Si te llevaban a una pieza, en la mesa había cosas que eran tuyas, lapiceras, libretas, monedero... Al primer tipo que vi con una de mis camisetitas me vinieron ganas de arrancársela a pedazos. Qué

absurdo, ¿no? Dentro de todas las otras cosas, ¿eso qué me importaba? Además, ni siquiera me gustaba la camiseta. Me dejaron de plantón toda la noche, al día siguiente y al otro. Había empezado a tener hambre y me traen una comida asquerosa con una cuchara más asquerosa aún. No comí. También tenía frío, tenía bastante frío a pesar de que era noviembre.

¿Siguió el interrogatorio?

No. Por muchos días no me preguntan nada. Sigo de plantón y es desesperante que no te pregunten porque entonces tampoco sabés a qué atenerte. Siempre en los interrogatorios algo puedes averiguar. De este modo tenés toda la “libertad” de torturarte vos misma. “Que estará pasando, que es lo que sabrán, qué es lo que querrán.”

¿Qué hora será? este olor acre me da náuseas, ¿o es el miedo? las piernas me pesan, me duele el cuerpo, me duele, me gustaría tocarme la cara, reconocer mi piel, la mía, no estas cuerdas, no este paño, hoy es martes, mañana miércoles, seguro que no me olvidaré ... Francesca, no comas caramelos, se te van a picar los dientes, ¿te los lavaste? te voy a leer Los Tres Mosqueteros, cómo me duele el cuerpo, qué pena no haber visto jugar al Milán, Camilo, te haré un gorro de lana, mierda me quiero acostar, me quiero dormir, voy a cumplir 29 años, martes, no me tengo que olvidar, mañana miércoles...

Después me trasladan a la Compañía de Contrainformación en la calle Dante, cosa que sé posteriormente. Allí me desnudan, me ponen un mameluco con un número y una capucha. Todos los días de mañana me hacían bañar con la puerta abierta y al tercero querían que lavara el uniforme. Me pareció que ya era demasiado. Bañarme con la puerta abierta era horrible, pero peor era no bañarse y encima lavar el uniforme...

Pero, al final, ¿lo lavaste o no?

No. Cada vez era más consciente que tenía que mantenerme en una posición de fuerza porque lo demás estaba caminando. Mis compañeros estarían haciendo la denuncia, y ésta tendría seguramente efectos en Brasil ya que no era la misma situación que en la Argentina. Me lo decía en la primera hora de la mañana, apenas me sacaban el colchón y me hacían parar, y una de las pruebas que tenía de no estar equivocada era que habían dejado de preguntarme qué era lo que hacía en Brasil, a qué había ido, etc., para preguntar quiénes eran los periodistas y pedirme que escribiera una carta dirigida al dueño del apartamento en Porto Alegre. Y yo que asumo lo que se podría llamar la línea cobarde de hacer todo lo que me piden, la escribo con letra diferente a la usual y firmando como estaba en el pasaporte, que equivocadamente decía Lilián Elvira, cuando mi segundo nombre es como el de mi abuela: "Elmira". Pensé que podía hacerla de una manera en que a todo el mundo le pareciera ridículo que alguien firmara con su propio nombre equivocado. Y así fue.

Vos seguías diciendo "Ni sí ni no, sino todo lo contrario".

Exactamente. Pero de todo esto, del secuestro, del cuartel, de Punta Rieles, saqué una conclusión sobre mí misma, en aquellas circunstancias, que al mismo tiempo me da satisfacción y miedo; gozaba con esa especie de desafío a la inteligencia, aunque al mismo tiempo me expusiera al peligro. Hoy me doy cuenta que era un mecanismo defensivo. Tal vez en el cuartel lo viví más porque era una lucha por la supervivencia en la cual permanentemente provocaba algunas situaciones sin darme cuenta, y otras con plena conciencia, para sentir que estaba viva, que era capaz...

Explicame eso del juego de la inteligencia.

Siempre se me planteaba la pregunta de si era inteligencia o cobardía. Me reafirmaba cuando pensaba que ellos tenían medios para hacer con tu vida lo que quisieran (¡se sentían tan poderosos!) y sin embargo yo lograba, mal que bien, hacer lo que me parecía mejor. No todo lo bien que hubiera querido, e incluso con muchos errores de mi parte, pero esa fue una situación límite y no quiero minimizarla.

Cuando me llevaban a un interrogatorio, pensaba que eran ellos en realidad los que estaban en la mierda y que en todo caso no tenían, en un plano distinto, tantas complicaciones como yo.

¿Te sentías más segura de tu inteligencia que de tu convencimiento ideológico?

Yo no era solo una individualidad pensando y viviendo en esa circunstancia: era la resultante además, de un esfuerzo político colectivo, el partido, y creo que también es inteligencia el sostener lo que uno piensa. Si yo pensaba en el año 78 que la dictadura estaba llegando al límite de su impunidad, también tenía que pensar esto en el momento de ser detenida. Estar convencida de ese límite es vivirlo aun en la situación en que las apariencias te dan para sentir personalmente lo contrario. El poder pensar que lo que analizabas con tus compañeros en la calle seguía siendo verdad en el momento en que te interrogaban es, creo yo, manejar la razón más allá de la angustia, hacer primar la inteligencia a la emotividad.

No me mataron. No me desaparecieron. Pasó lo que intuí y razonaba que tenía que pasar: ellos estaban a la defensiva y, si bien estuve al principio un año y medio sola y en condiciones nada agradables, sentía que los militares,

el régimen, estaban pagando un precio también por esto. Siento un poco de vergüenza porque no siempre se puede pensar así: yo tuve la suerte de pensar así y de que fuera así. De alguna manera me siento privilegiada; lo que viví tuvo para mí consecuencias importantes pero también tuve compensaciones: la de vivir desde el calabozo la denuncia concreta, la acusación a los culpables.

Fui desarrollando por estas circunstancias una visión muy personal de cómo moverme en la cárcel y esto me creó, años después, algunos problemas. Una cierta incompreensión, por ejemplo, sobre lo que era estar en grupo. No entendía por qué no tenía validez la respuesta individual cuando estaba contra el enemigo común. Fue un aprendizaje doloroso porque algunas compañeras vieron en estas actitudes personalismo y provocación.

“PALABRAS PARA JULIA”

El 7 de diciembre me trasladan a un nuevo cuartel, el Batallón de Infantería N° 13. Descubro que en los calabozos hay otras mujeres y empiezo a distinguir a las que conozco. Una de ellas, Ana Salvo, amiga desde la infancia.

Los calabozos eran abiertos, con rejas que daban a un corredor donde hacía guardia un soldado y desde afuera era vigilado por el puesto a la entrada del cuartel. La orden era no mirar para allá y no darse vuelta sin capucha, cosa que cumplo el primer día hasta saber exactamente dónde estoy; después, es como todo...

Soy bastante desafinada, pero de las otras veces en que había estado presa recordaba mi alegría al escuchar el canto de alguien. Por eso, cuando llegué, me puse a cantar para que las otras mujeres se sintieran también acompañadas. Con Ana habíamos establecido una forma de comunicación escrita en miga de pan, donde analizábamos todo lo que sucedía y a la vez nos pasábamos canciones. Es decir, ella me las pasaba a mí porque nunca supe una canción completa y su cabeza parecía un cancionero. Las mujeres tenemos esa capacidad de comunicamos en cualquier circunstancia con todo lo que es esencial (desde el análisis político a la sensación más personal, pasando por el “Barquito de papel” de Serrat) y es vital desafiar a la destrucción con esa emotividad y esa fuerza.

La presencia de Ana en el cuartel me dolía especialmente; había salido hacia un año de Punta de Rieles después de una experiencia brutal de secuestro en Buenos Aires con compañeros que aún están desaparecidos, como Gatti y Duarte. Tenía dos hijos, estaba separada y había tenido que enfrentar muchas cosas sola. Es de una enorme calidad humana y yo sentía que su bondad la había llevado

a enfrentar más de una vez situaciones difíciles. Recuerdo que un día, estando ella en Buenos Aires, me escribió una carta diciéndome la necesidad que sentía de vivir su vida, estudiar y abrirse camino después de una experiencia matrimonial un poco frustrante. La militancia desde el exilio se le aparecía como algo contradictorio a esos objetivos. Ana, como muchas mujeres jóvenes y militantes, se enfrentó a la maternidad y a la pareja fracasada, y quedó sola para encararlo. Algunos compañeros no entendían estas situaciones porque apartaban totalmente lo personal de lo político, y la mujer debía vivir esto con sus culpas y sin poder compartirlo realmente. Yo había comprendido profundamente esa necesidad de espacio personal que Ana me había planteado y por eso me dolía más su nueva cárcel y me sentía responsable: había tomado contacto con ella por intermedio de otra compañera, en el marco de clandestinidad que se vivía en ese momento: así llegaron hasta Ana.

Yo sentía culpa por no haber respetado mis propias convicciones. En el calabozo 3 había otra mujer que apenas conocía pero que me había impresionado por la forma en que enfrentaba la situación. Marlene transmitía fuerza con su voz y te inspiraba confianza hasta en el modo de caminar y llevar la cabeza tan alta, tan segura. No viví nada más deprimente que el día que nos llevaron al juez y vi a varios compañeros no levantar la cabeza del piso. Ana y Marlene me alegraban porque eran capaces de desafiar a los guardias con tal de intercambiar entre nosotras una simple sonrisa.

Seguía comunicándose con Ana por las cartas de pan pero el día es tan largo cuando no se puede salir, ir a un cine, leer, trabajar, hacer la comida, llamar a un amigo, tomarse un 404 para ver dónde queda Libia en pleno Montevideo, que por las migas descubrió primero a una tortuga mirándola con cara de recién levantada, con cara de filósofo o de borrachito (vaya uno a saber) y después el

pan se atrevió a algo más complicado y convocó ángeles, mosqueteros, principitos, brujas que fueron poblando la tarima del calabozo donde los iba colocando como en una exposición del Salón Municipal de Rechazados. Y los soldados miraron, y los soldados miraban, y fueron trayendo pedacitos de papel, la envoltura plateada de las cajas de los cigarrillos y más pan, doble ración de pan en las comidas para que les explicara cómo se hacían los muñecos, para saber por qué poro de la miga era que brotaban las tortugas. Vaya uno a saber.

Llegaron las fiestas de diciembre y seguía incomunicada. Mosquetero por información: ése era el trato. El soldado le trajo una carta de su madre.

¿Es la primer noticia que tenés de tus hijos?

Sí. Por ella me enteré del viaje que habían hecho algunos parlamentarios brasileros; supe que presionaban a mi familia para que no se vincularan a la Comisión de la ONU y que los periodistas, las organizaciones de DDHH, el Dr. Ferri y el SIJAU (Secretariado Internacional de Juristas por la Amnistía en el Uruguay), junto con otros abogados y compañeros de mi partido, habían logrado con su denuncia que esta causa se convirtiera en un hecho político y social que canalizaba las aspiraciones democráticas de la gente. Por el mismo soldado le mandé una carta a mi madre y unos días después, a las tres de la mañana, nos pusieron de plantón a todos y comenzaron otra vez los interrogatorios. Estamos cinco días parados y casi sin comer.

¿Cómo supiste que fue a raíz de la carta que llevó el soldado?

Fui armando el rompecabezas porque los oficiales mandaban a los subalternos a sonsacarme datos. La casa de mis padres estaba vigilada, vieron al que la visitó y apro-

vecharon la situación para aplicar una disciplina férrea entre ellos mismos. Muchos soldados fueron interrogados y torturados, algunos llegaron a denunciarse mutuamente por cosas que no habían hecho, tres de ellos quedaron procesados y otros dados de baja. Fue insólita la “bola” que armaron, y lograron crear la leyenda entre ellos de que yo era capaz de hacerles hacer cualquier cosa. A partir de ese momento y hasta que me llevaron a Punta de Rieles, ninguno se atrevió a hablarme.

Puede parecerle un disparate esta pregunta, pero mientras estabas de plantón, ¿no pensaste una sola cosa que fuese linda?

Una que me encantó: en un momento de la noche me dormí parada y durante unos segundos soñé algo que por el resto del plantón me hizo sentir bien. Caminaba por una calle de París y encontraba un árbol de flores amarillas parecidas a las del aramo; cortaba flores del árbol, muchas, muchas, y las tendía en el suelo donde me acostaba a dormir en medio de una gran frescura y con un perfume exquisito. En el sueño la sensación era de alivio, de desprendimiento, fue justo lo que precisé para descansar esa noche, porque el resto del tiempo lo pasé maravillada conmigo misma por haber soñado algo tan fresco, tan lindo, tan necesario.

¿No tuviste complejo de culpa por lo que le pasó al soldado que te llevó la carta?

Sufrí mucho por eso pero, por otro lado, pienso que lo tenía que hacer y que él hizo lo mismo, y que lo cruel, lo injusto, era lo que la dictadura hacía con nuestras vidas, con la de él, con la mía, con la de todos. Ese soldado era buen tipo y tenía seguramente buenos sentimientos, aunque tal vez nunca hubiese pensado en la situación del país o que tuviera la menor conciencia de lo que estaba

pasando. Tal vez la dictadura estrechaba tanto los márgenes que los límites estaban entre ser humanos y no serlo, y nada más.

Hay muchos pequeños gestos que se valoran en esas circunstancias aunque se tienda a pensar que todo forma parte de la misma maquinaria. Cuando los soldados venían a hablar conmigo, en el fondo yo pensaba (porque era difícil de discernir) que muchos lo hacían porque se lo mandaban, y eso también era cierto. Tendemos a creer que la maquinaria es más perfecta de lo que en realidad es. De todas formas, en ese episodio concreto, sufrí y me sentí culpable. Eran muchas cosas: mis hijos, Ana, el soldado.

Y traen a Carmen, la madre de un compañero que estaba en Brasil en el momento que fuimos secuestrados. Tenía delirios y los oficiales aprovechaban sus crisis para preguntarle dónde encontrarlo. Su marido y su hijo menor también estaban detenidos. Ella, pese a sus alucinaciones, no confundía los términos (los psicólogos dicen que la locura es refugio para los presos) y yo podía oírla desde mi calabozo gritar, mientras los oficiales observaban mis reacciones por la mirilla. El Capitán Giannone, Bassani y el subjefe del cuartel, Mayor Gree, me presionaban para que firmara la declaración la que constaba que había sido detenida en Uruguay; hacían depender de eso el traslado de todos los compañeros a los respectivos penales. Debía tomar una decisión, pero todos los elementos a tener en cuenta formaban un rompecabezas diabólico que nunca terminaba de armarse: si firmaba, estaba en contradicción con la campaña que se estaba levantando contra el secuestro; si no lo hacía, ¿podría soportar que presionaran a otros compañeros, que jodieran más a Carmen?

La culpa es un sentimiento culturalmente femenino, es la materia constitutiva de nuestra afectividad formada en la disociación de roles, y en este sentimiento se enlazan

las cadenas más firmes y sólidas que atan la vida de las mujeres. Tenía un principio y un convencimiento, pero ¿hasta dónde y hasta cuándo iba a resistir el peso de tanta responsabilidad? Ya antes había descubierto mi dificultad para resolver los problemas que planteaba la militancia política en lo que tenía que ver con las responsabilidades. No en asumirlas personalmente, que más bien me pasa lo contrario, pero sí en lo que se refiere al ejercicio del poder. Esto, que años después ha constituido uno de los ejes de mi reflexión y mi acercamiento al feminismo, en todo ese período de clandestinidad y cárcel se me aparecía como un nudo difícil e inabordable.

La tarde anterior a que me llevaran a juez fue muy angustiosa. Finalmente, decidí que iba a firmar y que mi falta de heroísmo fuera valorada en ese contexto. Cuando volví del juez, estaba vacía.

¿Qué pensás hoy de haber firmado y del costo político que pudo tener?

Creo que, en primer lugar, defraudé a mis padres y a mis compañeros. Pero pensaba (tal vez para conformarme): “Ellos están libres y yo estoy aquí, sé lo que puedo o no puedo soportar”. Podría elaborar un razonamiento muy prolijo sobre la correlación de fuerzas y lo que podía valer o no y hasta dónde. Es un poco absurdo hacerlo. Lo viví mal, como una cobardía, y lo fui superando en mi propia afirmación en la resistencia cuando me quedé sola.

¿Pero cuál es la cobardía realmente? ¿El miedo por lo que les pasa a los otros o el miedo a sentirte culpable porque, de no firmar, se ensañarían más con ellos?

Las dos cosas. Pero no quiero pensarlas hoy y darles una explicación que podría tener mucho de justificación. Prefero decir que no tuve fuerzas para dar más. El miedo es

un monstruo de muchas cabezas y a veces cortás una y crees que lo venciste, pero le quedan todavía otras, ocultas e invisibles, las que han crecido y anidado en tu interior sin que te dieras cuenta.

Me he equivocado muchas veces, tal vez mucho más que la mayoría de la gente, pero he sabido conservar un sentimiento de “omnipotencia” que me permite pensar siempre en el mañana como una promesa, y en cada cosa que vivo como más rica y plena que la anterior. Ese día mi omnipotencia fue derrotada. No podía dormir, y Ana, que captaba detrás del muro los ruidos sordos de mi angustia, me cantó, despacito, “Palabras para Julia”.

“YO ME PEINABA EN NIKITIN”

Ese ojo me mira implacable, se agiganta, me atrae como un imán. Respirar hondo, llenar los pulmones primero, después la cavidad del estómago, aflojar los músculos. Todos, pensar en ellos y relajarlos. Cerrar los ojos suavemente, dejar de pensar. El ojo no me deja. Intentarlo nuevamente. Llenar los pulmones... retener el aire... así era en el parto, también en ese momento estaba sola pero el ojo no estaba; ahora sólo dormir y que el ojo deje de mirarme... es sábado y no me pondré un vestido para ir al cine. Es sábado y ese foco de luz sobre mi cabeza levanta una pared para espantarme los duendes. No puedo llamar a nadie. Es sábado y estoy sola y tengo sobre mi cabeza un ojo fijo implacable helado y es como dice Idea... *“estoy sola, sola y estoy sola y soy sola aunque a veces un sábado de noche me invada a veces una nostalgia enorme de la vida”*.

Firmaste, trasladaron a tus compañeros y te quedaste en el calabozo N° 5.

Ahí comienza una nueva etapa que al principio viví con alegría porque me parecía que las compañeras estarían mejor en Punta Rieles y que pronto me trasladarían a mí también. En ese momento, por supuesto, no tenía la más mínima sospecha de que me quedaría más de un año en ese cuartel. Los primeros días espero el traslado a Punta Rieles y sueño con él. Después me dicen que no me van a llevar pero que voy a tener visitas y paquetes, aunque no me van a permitir escribir cartas ni recibirlas y tampoco hacer manualidades

¿Todos los calabozos están vacíos?

Todos. Pero en algunos períodos había soldados presos por distintas razones. Mi calabozo estaba al lado del baño,

y sólo pasaba por los demás cada 15 días para ir a la visita o cuando me sacaban al recreo, cosa que a veces sucedía cada mes o mes y medio.

¿Cuánto tiempo hacía que estabas detenida?

Cinco meses y voy a estar ahí hasta transcurrido un año y medio.

¿Sola?

Sí, sola.

¿Qué quiere decir sola?

Que ni un gesto, ni un ruido, ni una tos va dirigida a alguien. Y que tampoco esperás que nada de lo que te rodea te sea dedicado con ternura. Quiere decir que todo va de vos hacia vos.

¿Cómo era el recreo?

Era una caminata en una cancha de pelota vasca o en una de básquetbol desde donde se veía la gruta de Lourdes, las personas paseando, los ómnibus de la calle Instrucciones. El recreo en la cancha de frontón era horrible porque no tenía sol. Desde el calabozo podía sentir los domingos una misa que a veces se oía bastante bien. Jugaba entonces a identificar mensajes y cuando el cura decía "Orad por los que sufren" pensaba que era especialmente para mí. No era que me lo creyera, pero me servía buscar signos de resistencia en los actos de la gente. Cuando me sacaban al recreo me gustaba imaginar sus diálogos domésticos y en voz baja, el comentario boca a boca de los barrios y todos los gestos solidarios y mudos que se nos expresaban. Esa gente debía saber que yo estaba ahí, presa, ¿qué otra cosa podrían pensar si me veían caminar vigilada por dos soldados armados y con perros?

¿Caminabas despacio?

Sí, bastante despacio, no tenía a dónde ir.

En ese período lo peor era vencer la angustia de esperar. Esperar la visita quincenal para poder hablar, no sólo comunicarse sino simplemente hablar, como acto físico. Esperar recreos, esperar el día del baño, esperar que algo fuera diferente aunque fuera malo, pero que algo cambiara en esa larga sucesión de horas iguales a sí mismas. Al principio, esperaba el traslado.

Se levantaba, arreglaba sus cosas y se sentaba a esperar. Observaba, escuchaba los ruidos del cuartel y creía reconocer signos promisorios que nunca se concretaban. A veces sentía que pedían una camioneta para el penal y entonces el corazón dejaba de latir por un momento, se le cerraba la garganta y las manos sudaban. Después comprendió que de allí salían vehículos para el penal de Libertad y que entonces no tenían nada que ver con ella. No deja de sentirse un poco tonta por toda la carga emocional que desperdicia en esas conmociones. Así pasaron los meses hasta que empezó a esperar otras cosas. Cosas más elementales, cosas que se habían hecho hábito cuando estaban todas, como los días de recreo y de ducha. Pero esos días empezaron a desaparecer y entonces el baño se convirtió en uno de los más importantes objetivos de la espera, aun más importante que el recreo. El baño constituía un lazo más fuerte con la dignidad personal que la pequeña caminata de media hora vigilada. Al principio le habían permitido ducharse una vez a la semana, luego solamente cada diez días, finalmente no sabía cuando sería el próximo baño. Tampoco le daban una escoba y por días y semanas el calabozo quedaba sin barrer, el agua de la ropa que lavaba formaba charcos que demoraban días en secarse y el polvo y las pelusas aporlaban el resto, en la celda de la espera.

¿ Qué era más importante: bañarse para estar limpia o para cambiar la rutina?

Las dos cosas, pero tal vez importaba más defender ese espacio de coquetería sana que es estar bien con el cuerpo de una para sí misma. Nunca he entendido a la gente que se viste para salir. Siempre me pongo la ropa que me gusta para sentirme bien conmigo. Quería bañarme para sentir que mi cuerpo era dignificado.

Vivía con la ansiedad de esas esperas y hasta que el cuerpo y la mente se fueron habituando al “no pasa nada” los momentos se cargaban, de pronto, con la necesidad de que algo sucediera. Hasta el toque de bandera de la tarde, las horas eran larguísimas. Después parecía que esa marcha penosa en subida se aceleraba como por encanto: cuando tocaba la bandera sentía un momento de euforia, caminaba más rápida y liviana por el calabozo y me decía que había vencido. Había ganado un día más y la trompeta festejaba mi triunfo con su toque melancólico. Algunos tocaban muy mal y en cierta forma empañaban el ritual mítico de mi festejo, de esa ofrenda que muchos, a la misma hora, estaríamos haciendo a la vida por tener tanta fuerza. Nunca sabrán esos soldados con qué placer y atención escuchábamos esa música.

La noche no prometía nada mejor, en realidad, sólo el colchón al que le quedaba la mitad fuera de la tarima. Acarreé su período de aprendizaje dominar el cuerpo en el espacio asignado conciliando con la otra parte del colchón el equilibrio necesario para aguantarse mutuamente. De día la luz estaba apagada y de noche prendida, lo que me obligaba (esta vez por propia decisión) a usar la capucha para protegerme. La capucha era de un poncho verde cuartelero, pero como todos los objetos tienen valores múltiples, para mí se había convertido en un elemento necesario que me aseguraba el poder dormir, protegiéndome del frío en la nariz y del foco de luz en la cabeza.

Todos los objetos y el espacio se van haciendo tuyos y terminan por pertenecerte. Tenía pocos: la ropa, una frazada, el paquete con fruta, alguna piedrita que guardaba, y una aguja, que era mi principal tesoro clandestino.

Los libros que me mandaban de mi casa los almacenaban ellos, y cuando se les antojaba me entregaban alguno. En esas ocasiones, literalmente, los devoraba. No dormía en toda la noche hasta terminar el que me hubiesen dado, pero, por grande que fuera tristemente comprobaba que tenía fin. Quería contenerme pero era imposible; por más que razonaba y planificaba el día con horas de lecturas, horas de caminata dentro de la celda, de gimnasia, cuando tenía un libro no podía cumplir. Recuerdo que con el primero que recibí estuve tres meses; era muy malo, unos cuentos de Pearl Buck sobre la China: lo leí de mañana y de tarde, todos los días, ciento cinco veces. Había solicitado La Biblia porque era interminable pero parece que no la consideraban una lectura recomendable y pasaron varios meses antes que me la dieran. Finalmente logré que me quedara como lectura permanente y la leí, desde el comienzo, como una novela que no podría aburrirme.

Mis padres me llevaban libros de todo tipo pero no creo que la censura tuviera un criterio estético (y a veces ni siquiera político) para entregarme unos sí y otros no; más parecía una cosa de suerte y verdad. Encontraba placer en todas las lecturas, pero se dieron períodos de felicidad en los que lograba abstraerme de todo y vivir dentro del libro, encarnando a sus personajes. Era necesario que fueran grandes obras para que se produjera este efecto mágico. Las fiestas de fin de año del 79 las pasé con las Obras Completas de Shakespeare. Para ser sincera, primero me emocionó su tamaño.

¿Y qué pasó con los muñecos de miga de pan?

Había perdido todo interés. No tenía sentido. Las cosas que uno hace tienen un cierto contenido social directa o indirectamente y yo no se las podía dar ni mostrar a nadie, no había destinatarios para ese trabajo y dejaba, por tanto, de gustarme. Me di cuenta que no tenía nada que ver con Penélope: para mí era insoportable hacer y deshacer y volver a empezar al día siguiente.

Tal vez me faltó creatividad, pero prefería mil veces inventar el futuro, reescribir críticamente el pasado, recordar los libros que había leído, suponer diálogos con la gente que quería.

¿Cómo vivías las visitas?

Durante muchos meses el día de la visita era anticipado por una serie de mecanismos físicos y psíquicos; me tensionaba y el cuerpo se defendía con una serie de llamados: la diarrea, el dolor de estómago y un gran nerviosismo. Después volvía con la cabeza en estado caótico, todos los sentimientos conspirando contra cualquier serenidad. A veces quedaban enormes vacíos y una sensación de no poder comunicar bien lo que estaba viviendo; en particular me pasaba con mis hijos. La visita era junto con mis padres y en una oficina custodiada por el capitán del cuartel. Camilo se bloqueaba mientras que Francesca expresaba con naturalidad su deseo de estar juntas. Yo me movía entre las ganas de hacer de esa instancia un momento espontáneo y la necesidad de tener que ubicarlos en lo que estaba sucediendo. Las dos cosas eran difíciles de congeniar en tan poco tiempo y con tanto espacio mediando entre visita y visita. Cuando volvía al calabozo lo hacía desconforme conmigo misma y entonces me sentía irremediabilmente presa, impotente. En el período menstrual

estaba mal físicamente y muy deprimida, tenía fiebre, grandes dolores en el abdomen y unas ganas tremendas de dormir. Era como si el cuerpo expresara por estos mecanismos su protesta. En esos días sentía una gran compasión de mí misma. Pero lo que más me sorprendía después era pensar que podía haberme sentido tan mal. El cuerpo tiene sus razones y necesita expresarlas. Profundas mutaciones debían estarse desarrollando para adaptarse a esa miseria, y su reacción sólo podía ser violenta. La sexualidad reprimida, las ganas de caminar, la claustrofobia, todo contacto humano reducido a una hora quincenal. Algunas veces, en esas condiciones, el médico me mandaba quedar en cama y era un verdadero placer. Dormía horas y horas sin parar, hasta el día siguiente en que se me pasaba todo como por arte de magia.

¿Sin orden del médico, no podías dormir de día?

Podía, pero no era lo mismo. En el calabozo hacía siempre frío y sólo me podía dormir de a ratos, acurrucada. Todas las mañanas retiraban la ropa de cama y el colchón. Me podía acostar, pero la tarima sin colchón era dura.

Contame un día común, sin visita y sin libros.

La llamada era a las 6:45. La primera hora de la mañana era linda; siempre me levantaba contenta con el desafío del día por delante. Me gusta madrugar, muy pocas veces he sentido el deseo de no levantarme, como un profundo rechazo a la forma que adquiere la vida en ese momento.

El pan caliente era algo lindo de esperar, en materia de comida lo único bueno que tenía ese horrible cuartel, porque ni del café con leche se podía decir lo mismo: almibado, claro y con nata.

Mientras, arreglaba el colchón, me peinaba, ponía todas mis cosas sobre la tarima. La ropa se secaba encima de ella y de noche sobre un nylon en el suelo. Estos arreglos, con toda la meticulosidad del caso, llevaban unos cuantos minutos. Doblaba bien todo, porque aunque estuviera en un cuartel, y sola, no me gustaba ponerme ropa arrugada y ese levantar y acomodar las cosas formaba parte de la rutina que uno se construye muchas veces innecesariamente. De todas formas, no tengo la sensación neurótica de la inutilidad y hasta rescato cierto modo natural en esos movimientos.

Después caminaba muy ligero para cansarme y entrar en calor. Los pies estaban siempre fríos, se ponían duros y había que cuidarlos. Caminaba alrededor de las paredes hasta marearme, y cambiaba el sentido. Desayunaba, volvía a caminar hasta cansarme y a veces dormía un rato más. La mañana guardaba una esperanza, pero las horas de la siesta (al decir de Sartre “ni demasiado tarde ni demasiado temprano”) no tenían promesas.

Recibir paquetes era todo un acontecimiento, ¿verdad?

Lo único que todavía podía guardar sorpresas. Revisaba todo buscando mensajes y referencias afectivas que podían venir camufladas en las naranjas y el dulce de membrillo. Con ternura recibía las frutas que Tom, el almacenero de mis padres, había seleccionado para mí, y me gustaba imaginar qué cosa había puesto cada uno en el paquete: los cigarrillos y el queso, Papá; el jabón, el algodón y la pasta de dientes, mi madre; la ropa, mis amigas.

Los sentimientos, la ternura, el amor, el odio, eligen a veces pequeños actos para agazaparse en ellos y existir; en esos detalles se entretajan, con trama desperejada, la futilidad y la esencia de otros que remiten a otros más complejos. Re-

cuerdo que una vez me robaron en el cuartel unos botines marrones, bajos, de gamuza, tan comunes como cómodos, y que mi indignación no tuvo límites. Caminé durante horas por la celda mirando la desnudez de unos pies que se me hacían tan solos como yo sin sus botas. Tal vez parezca una frivolidad, pero es que resultaba intolerable que te pudieran robar, además de la vida, además de tus hijos, además del sol y de las lágrimas que te tragabas para que no te vieran llorar, además, además un par de botas.

Me acordé de Ana Karenina cuando en el momento que atravesaba la ciudad para suicidarse, al pasar cerca de una peluquería pensó: “Yo me peinaba en Nikitín”. ¿Qué importancia podía tener, cuando iba a matarse, quién la había peinado en los momentos de esplendor? Tal vez en ese pensamiento concentró toda la lástima que sentía por sí misma. A nosotros nos estaban enseñando a prepararnos para lo peor, estábamos aprendiendo a resistir todos los dolores, y en esas pequeñas cosas la razón quedaba sin amarras y con todas las fuerzas, el caudal de la vida entraba para salvarnos de tanta racionalidad.

Muchas veces, la frase Ana Karenina se me ha aparecido como un símbolo. “Yo tenía un par de botas marrones” y en el invierno de ese calabozo juré que no les perdonaría nunca habérmelas robado.

¿Y la aguja, ese tesoro clandestino?

La encontré en el recreo y se me ocurrió perforar con ella el papel de plomo de los cigarrillos. En eso pasaba parte de la mañana, escribiendo y vigilando que no me vieran hacerlo. Sobre todo un teniente que cada vez que estaba de guardia sentía placer en hostigarme. Cuando me sacaba al recreo se empeñaba en que caminara con la cabeza para abajo. Yo prefería no salir que obedecerlo y entonces me volvían al calabozo. Pero si me dolía el haber perdido

esa migaja de aire, más era la satisfacción que sentía de poder renunciar al sol por defender lo que consideraba mi dignidad.

Cuando salía a la cancha notaba la diferencia entre mi mundo de cuatro paredes y el clima real de afuera. A veces, en verano, salía con medias de lana, botas, buzo, y afuera el sol partía las piedras.

La adaptación conlleva también una dosis de renunciamiento, vas perdiendo cosas y lo peor es que no te das cuenta. Adquiría más serenidad pero también (y eso me asustaba) más indiferencia. Ya no me aplicaba con tanta rigurosidad a la gimnasia, comía menos y tenía menos fuerza física. Cuando caminaba, el calabozo se convertía en el gran espejo de mí misma, estaba todo allí y yo sola para mirarlo. Cada hecho de mi vida empezaba a tener un hilo único. Ese deseo de querer ser independiente a los 18 años del 68, intentando vivir la construcción de algo nuevo y pensando que las cosas serían más simples. El casamiento, el deseo y la necesidad de tener un hijo, qué libre me había parecido aquella opción cuando en realidad no había hecho más que cumplir con el destino de mujer que la sociedad me había impuesto, con el idealismo de una época en que lo personal era burgués y el espíritu de sacrificio marcaba el compromiso. Muchas cosas se derrumbaban, pero ese espejo me devolvía otra vez un "Gracias a la vida". Se abrían muchos caminos y sentía que el calabozo se agrandaba. Tal vez había elegido mal, me había apresurado, pero también la realidad y el tiempo que me habían tocado vivir no me habían dejado otros espacios.

Empecé a sentir que algo se movía en mi interior con ese repasar las cosas. De la piedad surgía algo nuevo, algo que había comenzado en Francia, algo que (ahora lo veía más claro) se había afirmado cuando decidí vivir en Brasil:

una autonomía y una independencia que me marcarían también un camino duro y conflictivo, pero esta vez elegido por mí. El día antes que viajara, una amiga me había dicho: “No te entiendo, me pregunto cómo podés dejar a tus hijos e irte”. No tenía palabras para contestarle, dejaba a mis hijos y a un hombre que quería pero estaba en juego algo que avergonzaba decir: yo, mujer de 28 años, madre, separada, había empezado a sentir que nunca antes había decidido en la vida personal más que por los modelos que de antemano se me habían construido por ser mujer. Era como el espejo de Alicia en el país de las maravillas, el túnel iba muy hondo y comenzaba a ver que esas cosas, más, personales, tenían algo que ver con las otras mujeres, con una historia innombrada que confinaba nuestras angustias a una celda más pequeña que la que en ese momento habitaba.

SEGUNDA PARTE

ENTRE EL PESADO GRIS PLOMO

Acordate de un día de lluvia.

Me gustaban. Parada en la tarima, por la parte superior de la puerta, se veía el extremo de una palmera sola, como la del poema de Guillén:

“Sola en el patio sellado siempre sola
guardián del atardecer sueña sola.”

Cuando llovía me quedaba rato mirándola, sentía un placer extraño con la furia de sus ramas, como si me representara en ese patio y ellas fueran mis brazos, también furiosos, de tanta soledad.

De este año y medio en que estás sola ¿no te acordás de otro sueño?

Uno feo. Esa tarde había tenido una discusión con el Mayor Bassani. Quería atemorizarme para que le dijera a mis padres que no siguieran con la denuncia y me decía que podían darme 10 años de cárcel más si no evitaba que siguieran moviéndose. Le grité que no iba a chantajearme con eso y que ya estaban tan “quemados” que no se atreverían a aumentarme la pena ni un día más. La conversación terminó con más amenazas y con una mirada del oficial que me dio un poco de miedo. Cuando volví al calabozo tenía un plato de comida frío que no toqué y me acosté a dormir. Me despertó un sueño del que no recuerdo las imágenes pero sí una voz que, desde arriba de mi cabeza, decía: “El pez por la boca muere”. Entonces me di cuenta que había sido estúpidamente temeraria, inconsciente, y tuve miedo por mis padres; me prometí que no mandaría más cartitas clandestinas y, si bien no cumplí la promesa cabalmente, empecé a au-

tocensurarme en ellas... Claro que al mismo tiempo fui aferrándome a la idea de hacer una huelga de hambre. Tal vez fuera un mecanismo de defensa para enfrentar la situación; la idea me daba ánimo, me hacía estar horas planificando detalles e imaginando desenlaces. Pude escribir una carta a mis compañeros y propuse noviembre, pues se cumplirían los dos años del secuestro y en Brasil habían comenzado la investigación parlamentaria y el juicio. Esta idea se me aferró tanto que cuando cambiaron las condiciones y me trasladaron a Punta de Rieles no pude revalorar la situación. Creo que desde enero del 80 todos los días los viví con la cabeza puesta en la huelga.

¿Llorabas mucho?

Llorar me hacía bien, me hacía sentir viva. Lo peor era pasar las horas en el vacío sin que nada me sacudiera. Al llorar, saltaba una válvula que liberaba todo lo contenido y después me sentía mejor. También lloraba cuando dormía porque al despertar sentía el gusto salado de las lágrimas en la boca. Oscar Wilde escribió en *De profundis*: “Un día de cárcel en que no lloremos es un día en que el corazón se endurece, no un día en que se siente bien.”

¿Sentiste ganas de morirte?

De morirme no, tal vez ganas de no estar, como un acto mágico, salvador. El hastío por momentos penetraba en los huesos y era como estar suspendida en el tiempo sin que nada pasara. Rebuscaba en mi memoria, con los restos de vitalidad que me quedaban, las imágenes y las vidas que me devolvieran la certeza de lo posible. Gramsci, con sus cartas personales desde la cárcel, me daba la soledad convertida en pensamiento vivo, en reflexión. Su enfermedad y sus dolores eran un ejemplo vital. La poesía de Nazim escrita en las prisiones turcas, el testimonio de

Domitila Chungara en Bolivia, Miguel Hernández... Como en el poema de Vallejo, llegaban a mí todos los seres de la tierra para decirme: "¡No te mueras, hermano!"

Pero otros días llegaban mejor aspectados. Tenía ganas de hablar y lo hacía (no muy alto) continuando diálogos interrumpidos por la cárcel. Eran mis compañeros los que llenaban con sus voces el silencio del calabozo. Otras veces, con la aguja en el papel de plomo, escribía.

Escribía lo que salía. Cosas dispares. Saber que después las tendría que romper no me motivaba demasiado. De todos modos, escribir me ayudaba a pensar algunos temas dándoles continuidad y final. Escribía sobre el miedo, sobre la traición, sobre la impotencia, sobre lo que significaba, en mi pequeña escala personal, el drama que estábamos viviendo.

Resulta difícil, hoy, explicar dónde estaban las fronteras de nuestros pensamientos. En ese tiempo las verdades eran de vida o muerte y todo se jugaba en la estrecha franja entre la dignidad y el miedo. En este hoy, el tiempo histórico transita los caminos de un espacio político en el que luchamos contra un sistema de representación, contra una escala de valores que pretende negar nuestra propia historia, ésa que se escribió con el dolor de tantos. Antes, la oposición al poder no permitía tantas sutilezas: luchabas organizadamente contra la dictadura y por el socialismo y sabías lo que podía pasarte. Te alimentabas del ejemplo de otros que antes que vos habían hecho las mismas opciones y elegías con los ojos abiertos y el corazón convencido. Elegías, como volvemos a elegir hoy, las mismas verdades, aunque algunos digan que son dogmas y que pertenecemos a la izquierda tradicional, como si la creatividad y el revisionismo fueran la misma cosa. Desde esa dolorosa conciencia surge una especie de pudor. Cómo hablar hoy del límite del dolor, del límite de

las fuerzas, de ése que hizo a algunos perder su propia identidad, sin que un desarzobispocontantinopolizador cualquiera intente hacerte creer que estás hablando de la prehistoria, como si ya todo estuviese bien, como si viviéramos “en el mejor de los mundos posibles” y todos fuésemos como Pangloss.

¿Te imaginas a vos misma otra vez un año y medio sola?

“La historia no se repite” y esperemos que sea cierto. Aunque creo que tendría muchas más cosas en qué pensar que antes.

Entonces, ¿lo pasarías mejor?

Me parece que sí. Depende un poco de lo que puedas tener como vida interior y de la vida que empieces a inventarte. Me ayudó mucho escribir “mentalmente” una especie de novela que era algo así como un “Gracias a la vida” en el que trataba de explicar gracias porqué, porqué la vida - en ese momento y en esas circunstancias- también valía la pena.

¿Por qué valía la pena?

Porque esa mujer - que era el personaje -, representaba algo que después encontré en una imagen del libro de María Casares “Residente privilegiada”. Era la imagen de una mujer renga que crece, camina, corre, baila; es decir, cómo empezás siendo inválida y torpe y podés llegar después a ser omnipotente, a hacer todas las cosas para las que creés estar negada. Esa fue un poco la idea inicial, pero como no tenía ninguna concreción porque no podía escribirla y desarrollarla en el papel, empezó a tener, dentro de eso (cuando yo decía “Bueno, ahora voy a escribir el libro” y caminaba por la celda escribiéndolo mentalmen-

te), todo lo que se me ocurría sin buscarle siempre una ilación exacta. A veces era un capítulo que se unía a otro, sobre todo cuando eran anécdotas y entraban viajes, encuentros, charlas en el café...

¿Eran recuerdos que ibas ordenando?

Era la continuación de cosas interrumpidas, estaba proyectado hacia el futuro, eso era lo que tenía sentido, si no me hubiera aburrido mucho. La gracia estaba en imaginar las cosas que iban a pasar después. Uno de los temas que ocupaba la mayor parte del libro era la maternidad. Reflexionaba a partir de una canción italiana que cantaban las feministas y de la que me acordaba sólo en parte. Se la había mandado a mi madre desde Europa, decía algo así como:

“Siempre creí que había elegido casarme/que había elegido ser madre/que había elegido mi trabajo/que había elegido hacer la casa...” y después, en la charla y la lucha junto a otras mujeres “he descubierto que esas elecciones no habían sido mías”.

¿Cuando te detuvieron ya eras feminista?

No. O por lo menos, no conscientemente. Le había mandado esa canción a mi madre porque ella había estado siempre descontenta con las cosas que hacía, con su maternidad, con la vida doméstica, y sin saber nunca qué otros caminos podría haber recorrido porque pertenecía a una generación y a un sector social que no podía encontrar fácilmente (y menos aún las mujeres) dónde canalizar su rebeldía o su disconformidad. Cuando le mandaba esa canción que me había hecho pensar en ella y que en ningún momento se me había ocurrido cantarla para mí, me di cuenta que si la pensaba en función de mí misma la canción también sería válida.

Por ese camino me replanteé lo que había leído y escuchado en Italia sobre el feminismo y que entonces me habían parecido “cosas de europeas”, pero que en realidad yo no había entendido. Por ejemplo, qué costo tenía para la mujer la maternidad y cómo aspiramos a ella como un destino natural, como algo hermoso que a la vez es tan complejo...

De todas las cosas que he vivido, la más difícil, la que me ha causado más angustia y sufrimiento es ésta: mi condición de madre en la etapa histórica que me tocó vivir.

Los efectos de la tortura sobre cada uno de nosotros son más fáciles de borrar que los efectos del autoritarismo y la represión sobre una nueva generación. Creo que está claro cuál es la responsabilidad histórica de la dictadura, quiénes son culpables de la gestación de una nueva generación con frustraciones y con angustias.

Aparte de lo que es histórico, sin dictadura y sin cárcel, ¿pensás que igual es frustrante la maternidad?

Creo que es siempre una contradicción y que no se puede analizar fuera de la historia porque uno va proyectando su propia imagen y conformando su identidad en ese marco concreto cultural y social.

Pero una madre que no hubiese vivido en dictadura, que no hubiese militado, que no hubiese estado presa, también puede sentir que es frustrante.

Como mujeres vivimos en una época en la que comenzamos a pensar en nuestra identidad histórica y es ahí donde la “maternidad tradicional” deja de tener sentido y valor como concepto social y hay como una crisis que se vive individualmente, aunque sea más profunda y colecti-

va. Entonces puedo analizar en mí por qué la maternidad ha sido una cosa dolorosa y contradictoria y puedo encontrar razones circunstanciales que tienen que ver con mis propias opciones de pareja o afectivas. Pero hay una razón más de fondo entre la libertad como mujer (esa búsqueda de libertad y de opción) y el peso psicológico y afectivo que significa el vínculo con el hijo cuando no tenés ningún apoyo social para lograrlo. Por eso me parece que en una situación de cárcel la mujer se siente mucho más culpable del sufrimiento que le causa a sus hijos de lo que puede sentir un hombre cuando se lo separa de su familia. Esas cosas son más dolorosas y costosas para la mujer y para mí lo fueron mucho. No la decisión en sí de pelear por mis convicciones, sino el vivir después las consecuencias de esa decisión.

¿Entonces, tener hijos es una suerte o es frustrante?

Las dos cosas.

Cuerpo-naturaleza-maternidad forman el círculo cerrado donde crece y se desarrolla nuestra socialización. Somos mujeres en tanto potencialmente madres. Somos madres no sólo de los hijos que parimos sino del hombre. Somos cuerpo en tanto éste cobija la posibilidad de ser madres. La falta de alternativas no pasa sólo por las dificultades de inserción concreta en la participación social. Es un nudo muy anterior y específico a nuestra condición de mujeres. Si optamos por un camino de participación, de independencia, de dominio de la naturaleza, de conocimiento y valoración de nuestro cuerpo, nos sentiremos, más de una vez, monstruos.

Es lógico que en el encierro se añoren todas las especies de ternura, lógico querer entrañablemente convivir con los hijos, pero es un peso específico sobre la mujer el considerar que su presencia es insustituible.

Como dice Franca Basaglia: “El drama está en que todo lo que se salga o desborde la imagen ideal, no encuentra otra forma de expresarse sino como innatural, sancionado por un juicio de valor que penetra en el corazón mismo de ser mujer. Esto significa que ha sido constantemente situada ante una alternativa absoluta: si quiere existir como persona, no podrá ser mujer; si desea ser el sujeto de su propia historia, no deberá ser mujer; si quiere actuar sobre la realidad social, no deberá ser ni mujer ni madre”.

Cuando pasan esos dieciocho meses y te trasladan ¿vas directamente desde ese cuartel a Punta Rieles?

No. A principios de mayo unos oficiales entran a mi calabozo y me dicen que me van a someter a un tratamiento de ablande para ver si se me bajan los humos. Eso me hace suponer que me van a trasladar y ese día se dan una serie de cambios: me dan la escoba de mañana y hasta un balde con agua de olor, me llevan a bañar y después me sacan del calabozo y me hacen ver por la Cruz Roja. No me permiten hablar, sólo tengo que decir mí nombre y allí termina la representación: me vuelven al calabozo y esa misma tarde me trasladan.

Entro en un estado de ansiedad y de alegría.

Lo único que quedaba de ella en el calabozo era una pequeña escritura, suave, casi imperceptible, que había hecho en la pared con la aguja clandestina:

*“Sonreír, con la alegre tristeza del olivo
esperar, no cansarse de esperar la alegría
Sonriamos, doremos la luz de cada día
en esta alegre y triste vanidad de estar vivo”.*

Estaba convencida de haber llegado a Punta de Rieles y por eso me afanaba en distinguir los ruidos que confirmarían esa idea. Pero no oigo nada y, sobre todo, no oigo voces de mujeres.

Me meten en un calabozo donde sólo hay una cama de elástico enganchada en la pared que ni siquiera puedo ver por la capucha y allí estoy por no sé cuántas horas de plantón, sin comer y sin ir al baño. En la mitad de la noche me dieron un colchón sin frazada y me acosté. Caían gotas de agua desde el techo sobre mi cuerpo pero no podía mover la cama y extrañé el calabozo que acababa de dejar, convencíendome de que siempre puede haber algo peor. Sólo me permitían ir al baño a las 6 de la mañana y después de la cena, y eso me trajo una serie de malestares físicos. Dentro del calabozo no me dejaron ni el peine: apenas la ropa que traía puesta, nada más. Me sorprendió el tipo físico de los soldados porque parecían pertenecer a un sector social distinto del que se encuentra en la mayoría de los cuarteles. En las paredes de la guardia tenían pintadas consignas que decían algo tipo:

“Seré como los leones para atacar al enemigo”, y es una lástima que no recuerde el resto.

Al día siguiente veo que hay una ventanita al extremo del calabozo y que si engancho la cama en el sostén de la pared me será posible escalar para mirar por ella. Lo hago con mucho cuidado para que los guardias no se enteren y compruebo que no estoy en Punta de Rieles.

Luego te enterás que es el cuartel de Infantería N° 14 de Paracaidistas. ¿Cuánto tiempo te dejan allí?

Cuarenta días. A poco de llegar viene un oficial que parece un nazi por su aspecto físico y su forma de hablar. Me amenaza, me grita, dice que finalmente voy a aprender

quién manda y se solaza hablando de nuevas torturas que me hará conocer. Me saca la capucha para que le vea la cara porque dice no tener miedo a que luego lo reconozca. Es una de esas situaciones en que uno se siente profundamente agredido, con una rabia que te sube desde el estómago y se te combina con el miedo. ¡Qué odio tan grande se siente! El séquito que lo acompaña, mientras tanto, se ríe. “¿Así que vos creés que nosotros no vamos a durar mucho?” me dice, y le contesto:

“Sí, creo”. “Bueno, pero antes de terminar nosotros, vamos a terminar con muchos de ustedes. ¿Pensaste hasta dónde podés bancar? Más de uno ha creído que aguantaría mucho y terminó no aguantando”, amenazaba. Cuando se va, pienso que se trata de la amansadora que me habían pronosticado en el otro cuartel.

En esos días sueño varias veces con Emi y Jorge. Es un sueño reiterado: los veo viviendo en una casa alegre, como siempre jóvenes y lindos. Desde que habían desaparecido soñaba mucho con ellos. Después quedaba parte del día pensando en su frío, en el horror sin destino que sería estar día tras día esperando la nada. Si me quedaba quieta veía mi cuerpo acurrucado, desvalido y solo, y las obsesiones comenzaban a poblarme. Entonces me movía, caminaba, y Elena y Telba y Gustavo y tantos llegaban con fuerza para reclamarme entereza: sentía vergüenza y volvía a apostar por la vida y una fuerza superior a las calamidades, nacida del sentirme parte de un todo, me recuperaba. En esos 40 días, me dediqué a mantener ese estado de ánimo y no fue poca mi alegría al descubrir que lo lograba. Como comía poco temían que estuviese haciendo huelga de hambre y me obligaban a tomar Plidex cada 6 horas e incluso me despertaban de noche para hacérmelos tragar. No soportaba el estado de atontamiento en que me dejaban y terminé escondiéndolos y tirándolos. Del día del traslado recuerdo sólo la llegada al calabozo de Punta de Rieles, pero nada de cómo llegué allí.

Punta de Rieles era, para mí, además de la convivencia compartida y la lucha colectiva, el encuentro con Ivonne.

La había conocido en la misma Punta de Rieles en 1973. Teníamos 20 años y vivimos en los meses compartidos, todos los sueños, las angustias y las esperanzas de un momento incierto para la vida, no sólo nuestra sino del país.

La comunicación y la ternura son sentimientos inseparables y de aquella construcción diaria de símbolos e imágenes que nos permitían conocernos a nosotras mismas, se tejieron después las tramas de un amor necesario para vivir, que nos hizo proyectar identidades propias en la otra. La amistad tiene un valor especial en las mujeres y me llevó mucho tiempo de llanto, de incompreensión, de desasosiego, entender qué nos había pasado cuando 10 años después nos encontramos en el Sector C.

Cuando en el 73 y en la primer reestructura nos separaron, cada año de los que siguieron después (para mí, interna del penal, en libertad) estuvo signado por un recuerdo y una emoción más íntegra, tal vez, que la que se pueda tener por un amante. Algo así como todos los ideales, todas las necesidades de afecto, todas las soledades, todos los crecimientos y, fundamentalmente, todas las seguridades. Ella, mi amiga, separada por la fuerza, seguía siendo mi seguro refugio, eternamente comprensiva, maravillosamente mía. Había descubierto en su amistad las grandes carencias y necesidades de mi propia existencia, y la fusión afectiva la convertía en el espejo de mí misma. Cada una puso en la otra todo lo que vivió, todo lo que sufrió y soñó. Porque en realidad cada una fue, para la otra, su propio espejo.

Antes de llegar, años después, nuevamente a Punta de Rieles, en los más de 500 días de soledad en el calabozo cuartelero, había hablado más con ella que con ninguna

otra persona y cientos de veces soñé con el reencuentro. Pero habrían de pasar 30 meses más antes que se produjera, y mil cosas, interiores y externas, se tejían a nuestro alrededor para hacerlo más tenso, más necesario y más frustrante.

Un domingo de “visitas” salí a limpiar el “descanso y la escalera” cuando, de pronto, bajaron del sector de arriba las compañeras del primer turno. Las soldadas me mandaron poner de espaldas contra la pared y recién supe que Ivonne estaba en el grupo cuando me llamó y corrió a abrazarme. En el 80 estas cosas no ocurrían en el penal y aunque ninguna de las dos fue sancionada, volvimos temblando, cada una a su celda.

En enero del 83 finalizaba la sanción de un calabozo en el que llevaba 105 días cuando me enteré, por las compañeras, que me habían trasladado al Sector C. Finalmente iba a encontrarme con Yvonne.

Fueron cuatro días eternos, no podía dormir, repasaba con ansiedad todo lo que tenía para contarle y temía con angustia que el tiempo no alcanzara. Sentía que era una de las cosas más importantes que me pasarían antes de salir en libertad, y la esperaba con alegría y temor a la vez.

Pero el encuentro fue difícil. Éramos dos “yo” con la cara y el cuerpo de la otra y muchas veces no encajaban. Nos desconocíamos y extrañábamos a la otra, la que tenía que ser y no era. Las expectativas, tan cargadas de afecto y emoción, se volvían una traba para el encuentro más espontáneo. Me sentí como las hermanas de Cenicienta queriéndome poner un zapato que no era el mío. Me viví estafadora de una imagen que no me pertenecía y ese desconocimiento, esa pérdida, hacía que mis pies pisaran una tierra sin arraigo. Nadie era culpable de esto, ella menos, pero tampoco yo, y tuve que luchar una vez más

para asirme a la realidad de los desencuentros y las pérdidas, sin sentirme fracasada y culpable. También la cárcel tenía su cuota. ¿Cuántas puertas habíamos cerrado para protegernos?

Me sentí tan perdida como nunca antes, justamente porque era de mí misma que me perdía, de aquella identidad de mí que yo había construido con el rostro de Ivonne.

Cuando llego al sector A no paro de hablar durante tres días. Estoy muy excitada y no logro ubicarme demasiado en la realidad de esta nueva cárcel. Creo que fui tremendamente indiscreta: cada realidad conforma sus pautas, sus normas de conducta, y yo llevaba mucho tiempo viviendo sólo con las mías como para comprender que podía caer mal si decía cosas que estaban fuera del marco común gestado en la convivencia. A mí me parecía natural contarle a las compañeras las particularidades políticas que veía en mi caso y la decisión que había tomado, meses atrás, de hacer una huelga de hambre. Dicho así, simplemente, entre un grupo de mujeres que llevaban años de presas, esta afirmación sólo podía ser interpretada como una visión personal e individualista. Creo que no supe explicar cuáles eran las particularidades y, aunque estuviera equivocada, lo cierto es que muchas de ellas tampoco comprendieron mi actitud y fue difícil que coincidieran dos mundos de percepciones tan diferentes. Tenía muy claro que los compañeros de mi partido habían invertido enormes esfuerzos sobre la denuncia de nuestro secuestro no sólo por razones de fraternidad revolucionaria sino también por razones políticas, por ese esfuerzo combinado y gigantesco de aprovechar todos los resquicios para aislar a la dictadura. En esta labor en la que se integraban miles de uruguayos dispersos y organizados había un profundo sentimiento nacional de rescate de los valores democráticos. Me sentía consustanciada con esta lucha y creía que un modo de participar era realizando la huelga de hambre

para apoyar la labor permanente que, sobre todo desde Brasil, había concitado tanta solidaridad.

La cárcel era un ámbito cerrado que hacía concentrar todas las energías disponibles en la resistencia a los mecanismos de destrucción aplicados diariamente. Mientras en el cuartel la lucha interior había sido por la subsistencia, aquí todo se volvía más complejo. Los requerimientos personales pasaban por la necesidad de una síntesis colectiva y la cárcel hacía de nosotras un instrumento de ella misma, uniformizando nuestras respuestas como forma de evitar la utilización individual, la división que nos debilitara. Todos los cambios y los avances significaron momentos de conflicto y tensión colectiva.

Fue difícil adaptarme a las reglas que todo grupo humano va gestando y terminan por ser “naturales”; supongo que a todas las compañeras que ingresaban les pasaba lo mismo. Los choques se fueron expresando en torno a las actitudes espontáneas que asumía, por ejemplo, en cuanto a las órdenes. Me resistía a cumplirlas así como así y eso generaba situaciones que en el sector eran vividas como provocaciones de mi parte.

Quería encontrarme con las compañeras y sentirme parte de ese grupo humano con el que había esperado tanto tiempo poder estar, pero mi decisión de hacer la huelga era irrevocable.

Sos bastante tozuda, ¿no?

Lo suficiente.

Entonces es mucho. ¿Cuál es la actitud de los oficiales?

Se cumplían dos años del secuestro y estaba sancionada en el calabozo. La huelga la empiezo allí e inmediatamente me tras-

ladan a la enfermería y me inyectan suero. El Dr. Marabotto y algunos oficiales me visitan para decirme que no pueden permitir que en ese momento político del país yo haga una huelga de hambre. Y claro, es por ese mismo momento político que yo la estoy haciendo: se acercaba el plebiscito. Me atan para que no me saque el suero y a los dos días estoy completamente hinchada por las infiltraciones. Los brazos están negros y las mangas del pijama no me entran.

¿No te desespera estar atada? ¿No te morías por rascarte la oreja?

Era desesperante porque, además, todo te lo hacían vivir como una tortura. Un día ponen en la radio del sector a Landriscina haciendo chistes y empiezo a distinguir las risas de las compañeras: ésta es Fulana, ésta Mengana... Accedo al absurdo: en el sector se están riendo, y yo, en la enfermería, haciendo una huelga de hambre. Al sexto día la levanto, y creo que mal.

¿Por qué mal?

Mal por todo. Por haberla hecho, por haberla levantado, mal yo.

¿Hoy pensás que debías haberla seguido?

Es difícil responder desde el presente a esa pregunta. Pero creo que de allí a aquí he aprendido a valorar la importancia de que te entiendan. La huelga era válida para mí en el cuartel, pero dejó de ser válida inserta en un penal tan complejo y donde había que articular tantas cosas para caminar sin que te destruyeran. Cuando la levanto, me llevan al calabozo 60 días y, aunque fue el más incomunicado de todos los que tuve, de algún modo me hizo bien, me ayudó a comprender que debía vencer todos los prejuicios que la situación hubiera generado, centrando las

baterías en lograr ser aceptada. Además, había algunos gestos que me alegraban; oír a alguien que en un recreo silbaba cerca de donde yo estaba, por ejemplo.

¿Cómo es tu regreso al sector? ¿Hacés una autocrítica frente al grupo?

El tema de la huelga se convierte en una especie de “tabú”, no porque yo no lo quiera hablar sino porque genera muchos problemas a nivel subjetivo. Creo que es a partir de ese momento que empiezo a vivir, realmente, la cárcel. La cárcel como hábitat, como horizonte gris metiéndosete en los huesos, en los sueños, en la cotidianidad. Cuando estás solo en un calabozo sobrevivís con todas tus fuerzas, te aferrás a la vida y te recorrés a vos misma como fuente de la vitalidad necesaria.

En la convivencia, todas éramos un engranaje complejo de ansias, miedos, frustraciones y búsquedas. Lo bueno y lo malo de cada una se ponía en juego cada día y a la vez, hasta el más mínimo detalle de tu vida era objeto de la represión que intentaba matarte la creatividad. Te deshacían lo que pintabas, lo que bordabas, lo que escribías. La poesía y el arte eran subversivos porque querían destruirte la vitalidad obligándote a lo mediocre. La represión iba metiéndose dentro de vos sin que te dieras cuenta y el mundo leve y sutil de la comunicación se iba transformando en un pesado adoquín. Como decía Miguel Hernández: “...Un albañil quería... Pero la piedra cobra su torva densidad brutal en un momento...”

Querías - claro que querías- encontrarte con cada compañera, vivir a cada una, ser plena ante la destrucción, construir en ese mundo cerrado sobre sí mismo no sólo los gérmenes del futuro sino ese presente, ese hoy que sería la base. Pero era allí, precisamente, donde te sentías irremediabilmente presa.

A ese sector, en ese período, lo sentí como un plomo. Un plomo con algunas bocanadas de aire fresco como Corina, con sus lecturas de Don Verídico, sus partidas de truco y los cuentos de su nieta; como Angeles, recién llegada con su linda “cara de calle”; como Renata y sus charlas del taller de Torres García y Bellas Artes; Alicia y sus búsquedas desesperadas... Ellas simbolizaban esa “mitad del cielo” que a veces lograba colar su magia por entre el pesado gris plomo...

SOY AMERICA, CRISTINA Y LAS VENTANAS

Quando Camilo vino al país por dos meses (estaba viviendo con el padre en Italia) me sancionaron con 80 días de calabozo y me lo comunicaron durante su visita. Yo tenía miedo de que en cualquier momento me llevaran y no pudiera verlo más y le expliqué: “Bueno, mirá, tengo varias sanciones...” Y él me dijo: “Si yo estuviera preso y no tuviera hijos, no le haría caso a ninguna orden que me dieran los milicos. Si me dicen que tienda la cama, no la tiendo; si me dicen que me levante, me acuesto...” Entonces le pregunté: “¿Y por qué si no tuvieras hijos?”, y me contestó: “Porque si los tuviera querría verlos”. Y fue como decirme que me sancionaban porque no los quería. Vino por dos meses y sólo pude verlo ese día.

En agosto del 81 me llevan al calabozo y me ponen nuevamente en el Uno, que era el más incomunicado porque estaba al lado de la guardia. Hasta la fecha en que Camilo volviera a Italia, a fines de setiembre, sólo podía encontrarme con el odio y la rabia que me hacían sentir de piedra. Lucía Fabri decía en uno de sus poemas:

*“Somos como una piedra que patean
que patean
salvo que
si en vez de arena, piedra,
si en vez de arena, piedra,
piedra roca mineral pulido
se romperá el pie en mil pedazos.”*

Es difícil describir ese sentimiento, pero lo tengo presente. Rosa Luxemburgo, poco antes de ser asesinada había dicho: “Todo el camino del socialismo está empedrado de derrotas aparentes. Y sin embargo, irresistiblemente, esta historia avanza paso a paso. ¿Dónde estaríamos hoy

sin aquellas derrotas de las que hemos ganado experiencias, ciencia, fuerza, idealismo?” y te volvías a juramentar con los millones de hombres y mujeres que se sublevan contra la injusticia sintiendo que es allí donde la bota se rompe en mil pedazos.

En ese calabozo logré comunicarme con Lucía. Un día le dejé en el baño una carta de pan con las palabras de Shakespeare “Eres como un pájaro de verano que encaramado en los hombros del invierno, no cesa de anunciar que los días se alargan” y ella me las devolvió, algún tiempo después, convertidas en poema. En el calabozo más que en cualquier otro lado, las pequeñas cosas, los gestos pequeños, las canciones silbadas, las toses de saludo se subliman, y te llegás a sentir tan cerca de una compañera como si la conocieras de siempre. Pero esa cercanía afectiva tiene el valor de la comunicación primaria que no necesariamente debe corresponderse con la construcción de una amistad aunque conlleve, igualmente, una elección-selección que se te aparece como natural. No con todas las compañeras esa comunicación era así de intensa y fluida, y esto nunca ha dejado de maravillarme. Son actos de intuición que muchas veces te llevan a conocer primero el adentro que los rostros.

Así fue con Cristina.

En los calabozos se usaba el lenguaje de las manos. Primero tosías para que la otra compañera supiera que querías hablar; luego te acostabas en el piso y corrías despacito el chorizo de arena que te ponían abajo de la puerta para que no hablaras. Después te fijabas que la guardia no te viera y recién entonces empezabas los malabares, la prestidigitación que significaba decir: “Sueño - libertad - me duele la columna resistencia - tengo frío - democracia - cuidado con la guardia - abrazos...”. Pero a Cristina no le conocía ni el rostro ni las manos. Llegó al calabozo

Dos y supo que eran vecinas cuando en la pared de cemento que las separaba escuchó los golpes que todos los uruguayos dieron alguna vez contra la puerta de alguien: “Ta tararara, tataran. Luego fue un golpe para la A, dos para la B, tres para la C (¡la mierda!, menos mal que la H es muda y hay otras que no se usan!). Se precisaban veintidós golpes para decir algo tan simple como CASA. Dos horas después de presentarse, de pasarse un noticiero sobre la situación de Irán, de intercambiar la novedad de que con la nueva reestructura ambas irían al sector D, prometieron, también a los golpes, tomar un mate y conversar largo antes que se quedasen sin nudillos:

.../...../...../...../...../...../...../*

Al llegar al sector me tocó la celda 3. Con Elisa, de mañana, antes que abrieran las rejas, nos preparábamos el mate con agua de calefón y algunas veces lo tomábamos de noche, compartido entre las ocho habitantes de los 3 x 3 mts, lo que hacía que aun las no adictas al “pichicero” debieran claudicar en sus principios y recurrir al baño improvisado que en cada celda había.

Venían las fiestas de Fin de Año y el sector se preparaba a festejarlas. Para mí serían las primeras en cuatro años que no pasaría sola y allí adentro las fechas tienen su importancia, sobre todo porque la alegría es contagiosa. Con Cristina y otras compañeras armamos una especie de collage sobre América Latina. Yo comenzaba diciendo “Soy América...” en tono grandilocuente, y mucho tiempo después aún sucedía que al verme entrar a una celda me saludaran “Soy América...” Nuestros cuerpos formaban el contorno del continente y con cuadros plásticos y poesía se armaba aquel rompecabezas que resaltaba lo más característico de cada país. Queríamos rescatar la esperanza, el valor de la lucha, y los temas más actuales y dolorosos de la América del 82: las madres de Mayo, el plebiscito...

Otro grupo había armado una murga muy divertida donde se ironizaba sobre la situación política y la censura, a la vez que se recordaban las “despedidas” históricas de los carnavales.

Pero nada como la bajada al recreo en Navidad. En el patio comenzamos a caminar en grupos de cuatro y a cantar. Cantábamos bajito y de pronto, sin haberlo discutido ni resuelto el canto fue subiendo espontáneamente, los grupos fueron juntándose y creciéndose en una ronda que cada vez cantaba más fuerte, cada vez más fuerte, más fuerte. Cortaron el recreo y nos hicieron subir, pero el canto no paraba. Era como si se hubiera roto un dique; a partir de ese momento, ellos podían revocar las grietas y poner todos los parches que quisieran: la fuerza colectiva le ganaba al miedo. Fuimos entrando en las celdas sabiendo, cada una, que luego vendrían no sólo las represalias sino también nuestras propias vacilaciones. Pero habíamos podido: el dique estaba roto.

Ese Fin de Año vivimos algo insólito. En la tarde una soldado informa que nos darán de cenar milanesas con ensalada rusa. ¿Oímos bien? ¿Milanesas con ensalada rusa? Más increíble aún fue que antes de ir a cenar abrieran las rejas y permitieran que nos encontráramos (barrotes mediante) con las compañeras del sector C. Las soldados estaban allí, de guardia, pero sin hacernos entrar. Nos fuimos mirando, reconociendo, saludando, revisando las caras que durante años fuimos viendo de lejos, siempre entrecortadas por el grito y el sacudón irremediable. Ahora estábamos mirándonos, cantándonos y olvidándonos de las milanesas que un rato antes habían sido el mayor acontecimiento.

En enero formamos un equipo de compañeras de todos los grupos políticos para estudiar las distintas posiciones ideológicas. Fue un espacio unitario que nos gratificaba

y recordaba cuántas razones teníamos para ser fraternas. De tardecita con Rita, que desde sus 65 años era la solidez y la ternura, leíamos teatro. En ese período cada celda, por turno, preparaba el noticiero semanal, síntesis de lo que pasaban por los parlantes y de los informes recabados en las visitas de los familiares.

Hubo algunos temas que nos sacudieron profundamente, pero si es difícil elaborar síntesis en una cárcel con tan pocos elementos, lo es más para las mujeres. Algunas tenían un acervo militante mayor que otras pero en general la entrega, la dedicación e incluso la formación profesional no las habían capacitado lo suficiente para analizar la realidad e interpretarla en esa telaraña sutil de desinformación. Por eso muchas veces se apelaba a los razonamientos más simples, a los que causarían menos inseguridad. La guerra de las Malvinas fue una de esas veces. Unas decían que era el fascismo que se implantaba y otras que era el fin de éste, y el mismo concepto de “fascismo” generaba discusiones. Habíamos pasado tres días escuchando por la radio la información sin que le diéramos importancia, y cuando comenzamos a dársela no sabíamos muy bien cómo interpretarla. Debíamos sintetizar, pero más de una vez alguien largaba un adoquinazo tipo “crisis final del capitalismo” que cerraba todo posible análisis.

Las mujeres, aun en situaciones aparentemente más libres, nos fortalecemos en lo colectivo y también nos refugiábamos allí. Existe una ambivalencia en nuestros actos. La ternura, la solidaridad, la energía creadora de que somos capaces es, en algunos momentos, extrema rigidez, competencia, fragilidad y temor a quedar expuestas. Sin embargo, este aferrarse a los principios más elementales tenía, en ese momento, un aspecto positivo: el de enfrentar la cárcel; el confiar en un camino que, aunque se simplificara, era válido e históricamente real en sus grandes líneas.

Las autoridades del penal sacaban a relucir, después de cada reestructura, todo un arsenal de recursos. Con alguna compañera comparábamos esta situación con la historieta de la Zorra y el Cuervo. El Cuervo siempre tenía mil disfraces que iba sacando de su baúl para engañar a la Zorra. De ese baúl este “cuervo” sacaba a relucir las encuestas (de cualquier tipo que fueran: “¿Le gusta mirar televisión? ¿Qué programas prefiere? ¿Le gusta trabajar en la cocina, en la quinta?”) y en las respuestas que dabas evaluaba el nivel de homogeneidad del sector y detectaba a quien no se animara a no contestar. También sacaba del baúl el árbol genealógico: la coordinadora (una soldado vestida de túnica azul) te llamaba y por enésima vez preguntaba nombres de padres, hermanos, hijos, tíos, abuelos, y así seguía midiendo hasta dónde respondías o no a las preguntas. Luego te obligaban a las auto requisas; debías sacar las pertenencias del locker mientras ella las iba anotando. De vez en cuando hacían que encontráramos “casualmente” en el recreo o en la celda un micrófono, para que todas viviéramos con la sensación de estar rigurosamente vigiladas. Cada pequeña cosa se convertía o podía convertirse en un gran tema. Nosotras tratábamos de presentar un frente lo más compacto posible, la experiencia nos había enseñado que en cada figura el cuervo metía sus garras, y si lo dejabas te destrozaría.

En ese verano el tema fueron las ventanas. Todas las celdas estaban tapiadas con un acrílico, verde, para variar. Entraban los soldados y así, como al descuido, algunas veces con buenos moditos, como quien pide un favor, y otras con energía para que nadie dudara de que era una orden, pedían-ordenaban que se cerraran los vidrios, con lo que el poco aire que entraba ya no entraría. El método habitual: cada día en unas celdas sí y en otras no, a algunas compañeras sí y a otras no. El aparato no actuaba casualmente, estudiaba los comportamientos, conocía hasta dónde le era posible nuestra psicología grupal,

la importancia que tenía para nosotras la homogeneidad. Como frente a todo tema “nuevo”, se dan discusiones, se genera inseguridad: ¿vale la pena el enfrentamiento por una ventana? ¿hasta dónde estamos preparadas? Cuando consideran oportuno dan el golpe de terror. El 11 de febrero del 82 entran a mi celda cuando yo estaba en otra conversando con una compañera. Las ocho teníamos definido que no íbamos a acatar esa orden. Creíamos que estábamos en condiciones de resistir y dar un salto cualitativo, creíamos que la impunidad estaba llegando a un límite y que allí teníamos algo que hacer. Creíamos que eso nos fortalecería colectiva e individualmente, porque vencer el miedo era ya conquistar una parte de nosotras mismas, alienada. Dieron la orden y ninguna compañera se movió ni contestó. Dos oficiales entraron a la celda toletes en mano. A Elisa la sacan en vilo, a Edith y a Paula las golpean y las seis son llevadas al calabozo. En el resto del sector no sabemos muy bien lo que está pasando porque un cordón de soldadas impide el paso. La impotencia te hace sentir muy mal. Esa noche, las que quedábamos en la celda gritamos con todas nuestras fuerzas para el calabozo el saludo clásico de todas las noches en el sector al final de la lista: ¡HASTA MAÑANA COMPAÑERAS!

A la visita siguiente las que no estábamos sancionadas sacamos la información. Romper el aislamiento y animarse a denunciar era un acto político importante. Los familiares, con los medios de que disponían, hacían lo suyo. Corrían riesgos, se enfrentaban a la humillación y al destrato. Mi madre se puso en contacto con periodistas brasileiros y salió publicada la denuncia. A cambio, la citaron para interrogarla y durante semanas recibió llamadas telefónicas de amenaza. Su estado de salud se deterioró por la angustia en que vivía. Después de otra larga suspensión de visitas, cuando pude hablarle le pedí que se fuera del país por un tiempo para que un poco de tranquilidad la ayudara a recuperarse, pero mi madre es muy tozuda, y prefería

morirse antes que darles el gusto de pensar que se había ido por miedo: el mayor Bassani me había “visitado” en esos días para decirme que, además de estar haciendo actividad política estaba arrastrando a mi familia en eso, mientras mis compañeros se daban “la gran vida en San Pablo”.

¿Y después del “toletazo” qué pasó?

El clima del sector había cambiado. El contexto en que nos movíamos se había vuelto inseguro y más allá de los análisis se sentía otra vez, en la cotidianidad, una tensión que generaba estados de desmoralización en algunas compañeras. Trabajamos para revertir la situación y el recopilar la información diaria con la que recibiríamos a las que estaban en los calabozos, fue el mejor método que encontramos. Fueron cuarenta días de esfuerzo que, mirados desde el hoy, le hicieron decir a Cristina: “Trabajamos como bestias, y sin ir ni un solo día a la playa”.

Al mismo tiempo y previendo situaciones posteriores, organizamos un código de canciones para trasmitimos información de sector a sector. Fue entonces un período fecundo y difícil. Pero, a pesar de los momentos de extrema tensión y cuestionamiento, la resistencia empezaba a vivirse no sólo como acto de dignidad sino como actitud política de proyección nacional.

ESPEJITOS Y ESPEJISMOS

¿Cómo se vive la llamada “frivolidad femenina” en una cárcel?

¿Te referís a esa necesidad que tenemos, por formación, de sentirnos hermosas?

Creo que cuando estuve la primera vez en Punta de Rieles, en el 73, el arreglo, la pintura y la vestimenta me chocaban mucho más. Entre otras cosas, porque el clima de confusión respecto a la cárcel misma y a la situación del país eran mayores. En aquel momento, muchas compañeras vivían la cárcel como algo pasajero y el análisis de la correlación de fuerzas y del papel de los militares aparecía muy confuso y daba lugar a que se tejiera todo tipo de fantasías. Las formas de comportamiento eran, entonces, la expresión de un análisis un poco superficial y erróneo, a mi entender.

¿Exitista, quizás?

Quizás. Éramos en ese momento muy jóvenes y la mayoría con una experiencia muy limitada de acción política y, por lo tanto, de formación ideológica. Yo estuve muy poco tiempo, ocho meses nomás; después me hicieron el sobreseimiento de causa y...

¿“Ocho meses, nomás”? ¿Cómo se puede decir algo así?

Pero es que fueron ocho meses.

Pero suena como decir: “Estuve en París apenas quince días”.

Pero las cosas se evalúan según las coordenadas en que te encuentres. En el 71 estuve dos meses en el Carlos Nery y me pareció mucho tiempo; en el 73 estuve un año

y medio en total (porque a los ocho meses hay que agregarle ocho más por las “Medidas de Seguridad”), y era poco, y te sentías privilegiada de salir en libertad aunque te costara el exilio.

Volvamos a lo de la “frivolidad”.

En el 73, un mes antes de que me trasladaran, nos ponen el uniforme, nos cortan el pelo y nos dan un número. Y aunque parezca absurdo y esquemático, esas medidas brutales que nos obligaban a vivir más ajustadamente al momento histórico, me parecieron oportunas porque ciertas fantasías cortoplacistas (como imaginar una cárcel al estilo cooperativo que te diera posibilidades de trabajo y libertades internas) eran un enorme peligro ideológico. Temía los efectos que la desmoralización haría cuando tuvieras que vivir años en un clima de represión sostenido.

Al volver en el 80 a Punta Rieles, por el contrario, el cuidado del aspecto exterior era, por lo general, un síntoma de buena salud, de resistencia a la cárcel, a la uniformidad.

Todas llevaban años de prisión y, en unas más, en otras menos, se percibían transformaciones físicas. El envejecimiento, el desgaste que significa una cárcel, son cosas que se expresan en el cuerpo, y por lo tanto, el embellecimiento de él significaba un elemento importante no sólo para los familiares que iban a verte sino para vos misma. Los años iban pasando y de 20 llegabas a 30 estando presa. Ese era el drama, y entonces esas cosas me dejaron de parecer frívolas. Se trataba de luchar contra el tiempo y la destrucción de tu propia imagen.

Además, me parece bien que los hombres y las mujeres se arreglen, que cada uno busque en su personalidad un estilo, una forma en que la comodidad, la belleza y la unidad interior se expresen. En ese pedacito que te sobraba

de la forma común de vestirte - y que era muy poco en la cárcel -, se expresaba la necesidad personal de identificarse con la vida común de cualquier mujer.

Durante esos años, el universo material y personal en el que se movían las presas desde el 71 o el 73 era siempre el mismo y con los mismos colores, sabores y experiencias. Yo había podido estar en otros países, conocer mucha gente, recoger tantas cosas, y esas mujeres, mientras tanto, estuvieron siempre en el mismo lugar, relacionándose entre sí mismas, conociéndose a sí mismas, mirándose a sí mismas, con un uniforme gris. Si querían escuchar música no era cuestión de elegir un cassette y ponerlo en la grabadora, ¿no? Todo lo tenían que hacer a partir del poco mundo material que tenían. Debían inventarse el instrumento, la forma, la canción, cantarla y disfrutarla. Nada había estado al alcance de tu mano.

Si el embellecerse era entonces una forma más de resistencia, ¿no podía ser usado también para quebrarte?

Sí, si se hubiera vivido como una frivolidad. Pero el problema de la colaboración nace del sentimiento de derrota. No pasa por cosas tan nimias como obtener más visitas o determinados beneficios, sino por el sentimiento de que:

“Bueno, a mí me jodieron, todo es una mentira y lo que tengo que hacer es pasarlo lo mejor posible”. Eso es lo que puede hacerte colaboradora. La persona que va entrando en ese proceso es muy difícil de recuperar luego colectivamente. Llegamos un momento en que pasamos umbrales que no nos permiten la convivencia con el resto de la comunidad. Pero hay otra forma de frivolidad que también choca y que es la de: “A mí no me importa”, y como somos presas o somos pobres andamos de chancletas todo el día y creamos una subcultura marginal, porque “Como estoy acá me pongo cualquier cosa y me visto de cualquier

manera y tengo el uniforme roto y ¡total! no me lo arreglo porque como me lo dan ellos”. Por suerte este aspecto no se dio mucho en Punta Rieles.

Tal vez porque eran mujeres.

Sí, en lo bueno y en lo malo de ser mujeres, porque también había quienes (reproduciendo el estereotipo femenino tradicional) hacían de sus uniformes un trajecito de salir.

¿Qué? ¿En serio se hacían trajes de chaqueta?

En serio.

¿Vos qué hacías con el tuyo?

Trataba de que me quedara bien, que no se me cayera, que fuera más o menos de mi talla. De repente arreglaba el pantalón, pero la camisa nunca.

¿Cuál es el determinante más importante para la colaboración?

La falta de confianza en lo que alguna vez se creyó, hace que pierdas identidad colectiva; es ahí donde la represión actúa dirigida a cada una en sus debilidades y contradicciones. En el 73 en Punta Rieles conocí una compañera con la que salíamos a plantar la tierra en un momento en el que se discutía mucho si trabajar o no.

Yo pensaba que el trabajo iba a ser utilizado en contra nuestra y que no debíamos aspirar a él pese a que te permitiera estar afuera, al aire libre, etc. Muchos no veían en ese momento que estas cárceles tenían una finalidad de destrucción. Con ella, te decía, conversábamos bastante sobre eso y me planteaba: “Bueno, yo me integré a una or-

ganización, milité, y en este momento no tengo nada por qué luchar. Lo único que quiero es salir bien, me siento sola y sin fuerzas para enfrentar esto”. Cuando en el 80 volví a Punta de Rieles las compañeras me dijeron que era una colaboradora y a mí no me resultó extraño que, quien años atrás se reconociera sin identidad colectiva, viviera ahora con una actitud indigna. Continuamente te probaban para medir tus fuerzas; si evidenciabas no tenerlas, te harían las pruebas cada vez más afinadas hasta que pasaras ese umbral de separación y división del conjunto. Lo único que te defiende en una situación así es pertenecer a algo, a una identidad política, a esa comunidad de presas donde tus propias debilidades pueden ser apoyadas por el conjunto y de esa manera superar las dificultades individuales.

¿Qué clase de pruebas?

Por ejemplo la que le hicieron a una compañera con un libro de biblioteca, cuando la acusaron, injustamente, de haberlo rayado y le dieron una sanción de calabozo. En él la presionan para que diga quién más había leído el libro en esa quincena, da el nombre de una compañera y al rato le levantan la sanción. Por supuesto, el libro lo habían rayado los propios milicos para poder crear ese clima de desconfianza y desconcierto a la vez.

En la cárcel, por un proceso de unidad interna, se pudo lograr que muchas compañeras que se sentían débiles encontraran una fuerza colectiva que incluso después, cuando salieron en libertad, no pudieron encontrar. Como Mabelita, por ejemplo, que tenía una enfermedad psíquica y encontraba en todas nosotras las fuerzas y el afecto que precisaba. Al salir en libertad no tuvo, ni con nosotras mismas (a las que visitaba diariamente mientras tratábamos de armar nuestras propias vidas), a nadie que pudiera decirle:

“Quedate acá, quedate a vivir en casa”. Y Mabelita se suicidó. Las que habíamos convivido con ella muy de cerca casi que teníamos la conciencia de que las relaciones humanas en libertad son tan condicionadas y empobrecidas que quien las necesitaba para vivir, y casi como único alimento para vivir, como Mabelita, no las podía encontrar.

¿Entonces, básicamente, se colabora por miedo?

El miedo no es algo que se siente solamente frente a la tortura o las situaciones límite. Cuando se mete adentro de vos vivís con él y por lo tanto es el que condiciona tus relaciones afectivas, tu capacidad para dar. Cuando digo “miedo” estoy hablando de un sentimiento que es más que la sensación frente al peligro; estoy hablando del miedo como sensación permanente y que tiene mucho que ver con la derrota y el convertirse en un ser sin decisión y sin proyectos.

¿Pero todo eso a cambio de qué? ¿De un espejito?

De un espejismo, más bien. A cambio de no perder visitas, de un poco más de aire, de más horas de televisión..., de liberarse de alguna manera de lo que significa exigirse constantemente a uno mismo. Estaban en situaciones de “miedo” y frente a los desafíos, de cualquier tipo que fueran, elegían no jugársela y preservarse. Ahí había un poder: el poder eran los militares, los jefes. Y con ese poder (que a la vez es masculino) podés tener formas de relacionarte: enfrentarlo de todos los modos posibles (más, menos, según el momento histórico) o buscar una identidad de reconocimiento con él. Si no tenés fuerzas para creer que vos y tus compañeras son también un poder (en germen, en formación, pero un poder al fin) buscás el reconocimiento del poder establecido.

Ellos concentraron a las colaboradoras en las barracas de manera de crear un contrapeso social y hacer pasar por ese sector a compañeras que -por supuesto- no lo eran, porque sabían que una de las peores cosas que te podía pasar era convivir con el individualismo de las colaboradoras. También hacían lo contrario y llevaban cada tanto alguna de las colaboradoras a vivir en otros sectores para estudiar, a partir del modo en que las trataras, qué pasaba con ellas y qué pasaba con el resto. De las respuestas a estas situaciones sacaban pautas de cómo estabas pensando.

En una situación de agresión permanente, sin tregua, ¿cómo te defendés? A veces con inflexibilidad, con dureza, con aristas muy agudas donde todo lo que no entra en tus pautas está mal. Es el mundo artificial que crea el encierro y la incomunicación. Esto es importante para comprender cómo podía ser recibida una mujer que tuviera o hubiera tenido una actitud de “colaboración”: sólo con repulsión, desconfianza, miedo. El problema no era tanto que esta persona pudiera denunciar lo que hacías, si te reunías o no, qué grado de convicción ideológica tenías, si discutías, si promovías actitudes de resistencia, sino que en una política de destrucción a largo plazo, cada una de estas cosas se “pagaban” con un aumento de las penas en el Supremo Tribunal Militar, con pérdida de visitas, con sanciones y persecución personalizada. Esta política de terror de hacernos internalizar el miedo, iba acompañada de hechos que la avalaban: compañeras que tenían una pena de tres años fueron al Supremo pocos meses antes de cumplirla y volvieron al penal con otra de 7 años y más. Se nos hacía saber que esto era por el informe de conducta que había elevado el Penal. El informe establecía el grado de peligrosidad en relación al convencimiento ideológico según la Doctrina de la Seguridad Nacional. La “mala conducta” amenazaba tu libertad. Las formas de colaboración podían ser diversas; lo que más importaba era la opción de cada una: conservar

la “buena conducta” a riesgo de perder la identidad, o ser una presa política y tener una actitud como tal. En algunos casos el traslado de una colaboradora desde la barraca a los sectores, donde había más organización, significó con el tiempo la incorporación de la compañera a un nivel de trabajo colectivo. También se dio a veces que esos “traslados” significaran atomización, pero lentamente se fue gestando un concepto de unidad básica necesaria para enfrentar esa política. La confianza no se establece espontáneamente ni en forma inmediata y a veces estos procesos llevaron años. Generaban mucha polémica, sobre todo en los sectores donde las compañeras “cuestionadas” no vivían, y la incomunicación tajante entre sector y sector favorecía estas incomprensiones y los climas de subjetividad que se creaban. Hubo también compañeras que en ese proceso de integración realizaron autocríticas de sus comportamientos y debilidades, pero ganarse la confianza del grupo después que se la había perdido, no era una cosa fácil. Eso afectaba mucho porque la cárcel es una única vida total; no se puede separar ningún aspecto de tu persona porque vivís en un solo espacio físico y la necesidad de comunicación es muy intensa.

No puedo entender cómo algunas mujeres pudieron resistir los interrogatorios y después, en una situación más “suave”...

No es más suave: es diferente. Es una perspectiva de vida. Y la cárcel puede ser más destructiva que la tortura y, en todo caso, es su continuidad.

Algunas mujeres llegaron a tener relaciones afectivas con sus torturadores ¿Por qué creés que lo hicieron?

El torturador es, además hombre, y en tanto tal, posee el conocimiento y la internalización del poder que social-

mente mantiene sobre la mujer. Las técnicas de la destrucción psicológica y de la pérdida de identidad política, que son el objetivo principal de la tortura (más allá de la búsqueda inmediata de información) pueden expresarse a veces, para con las mujeres, en una forma específica: su sometimiento por el sexo. La seducción, en una situación tan objetiva de poder, es, ni más ni menos, que una de las formas de la violación. Algunas fueron violadas por la fuerza y otras por la seducción, apelando al dominio ancestral que el varón tiene del cuerpo de la mujer y de su necesidad de existir “para el otro” e invocando a la “mujer objeto” que se ha formado en su personalidad. A este tipo de violencia la mayoría de las presas opusieron las barreras de su formación política e ideológica más que la conciencia de su ser cuerpo “para sí mismas”. Los casos en que se dieron situaciones de violencia sexual coinciden con un bajo nivel de formación política y con una orfandad afectiva casi total. La situación de estas mujeres fue sumamente difícil (alteraciones psíquicas, sentimientos de culpa, pérdida de identidad) y más difícil aun cuando no querían vivir como colaboradoras en el Penal. Incluso ahora lo sigue siendo, cuando en el proceso de recomposición de su personalidad deben enfrentar el peso de la condena política.

¿No te parece justo?

Sí, aunque no en todos los casos. Es como cuando a las prostitutas se las denigra como personas y se las hace culpables de alquilar su cuerpo, pero no se critica al hombre que paga y tampoco se condena la existencia de la prostitución como producto del patriarcado.

Si se hubiera planteado la situación inversa, es decir, si los hombres presos hubieran sido custodiados por mujeres. ¿La seducción de sus carceleras hubiera merecido la misma condena social y política?

Creo que no, y que incluso muchos lo habrían tomado como un “punto a favor” de quien, aun estando preso, es capaz de obtener la pequeña victoria que significa rendir al enemigo por lo menos sexualmente.

La violación doméstica, la que se da en algunas familias, generalmente no se ejerce por la fuerza bruta sino por el poder del hombre frente a la niña o la adolescente, por su capacidad de manipularla. En la cárcel, entonces, la mujer que accedió a estas formas del poder masculino, es víctima al mismo tiempo, de la ideología patriarcal y de la violencia-sometimiento del estado policíaco. Ha sido violada.

Dice Beatriz Aguad en el libro *Manicomios y cárceles* que en la tortura “se busca la degradación del cuerpo. ¿Y por qué del cuerpo? Porque es la sede de las primeras identificaciones, el medio del que dispone el ser humano en un principio de su existencia para distinguir lo propio de lo ajeno; es el lugar de intercambio con el ambiente y los semejantes; es la carne, la prehistoria de los ideales”.

En Punta de Rieles la comunidad de las presas no se definía por líneas políticas, sino por una opción: o enfrentabas este “aparato” en concreto o convivías con él. Los términos medios eran caldo de cultivo para nuestros represores. Se estaba de una parte, o consciente o inconscientemente de la otra. Esto, que parece una rigidez, forma parte del mismo sistema carcelario actuando sobre todos los planos de tu vida, los afectos, las alegrías y los temores.

No se puede dejar de ser persona por tantos años sin que algo muy profundo se dañe. La resistencia pasaba fundamentalmente por cantar, festejar todas las alegrías, construértelas, querer profundamente a tus compañeras, vivir la solidaridad como una lucha y como un arma, no permitir que el individualismo te destruyera. Ser persona, justamente, descubrirte mujer.

LA GUERRA DE LOS COLORES

En cada reestructura te separaban de compañeras con las que habías compartido muchas cosas. En mayo del 82 hacen otra y me trasladan al sector B, que se ubicaba en lo que antiguamente era una capilla. Es, de los lugares del edificio, el único que no tiene celdas. Las cuquetas se ubicaban a los lados y tenía un baño grande con varias duchas que constituía su mayor lujo. En la parte superior había una ventana que daba a la pieza de guardia de las soldados, puesto de permanente observación que hacía que nos sintiéramos como en una pecera, y así lo bautizamos. Para mirar por las ventanas y saludar a las compañeras de otros sectores en el patio de recreo, teníamos que pararnos en las cuquetas en puntas de pie. Lavar la ropa nos posibilitaba hablar con la mano con el sector de arriba. Este momento marca un salto cualitativo en la resistencia dentro del penal. Las respuestas se colectivizan y el romper la incomunicación pasa a ser uno de los aspectos centrales.

Para vos debió haber sido bastante difícil acomodarte al lenguaje mudo ¿no? ¿O con tal de hablar aprendiste enseguida?

Aprendí volando.

¿Y así como así permitían que se comunicaran?

El año anterior se había dado “la política de los calabozos masivos”, que hizo que siempre estuvieran llenos sin que siquiera se contemplara a las enfermas. Fue un período de sanciones permanentes y largas que determinó muchas veces que en un sector de 30 compañeras sólo 5 ó 6 pudieran bajar al recreo durante varias semanas. Esta situación se va a mantener casi hasta el final. Muchas de

nosotras nos quedamos sin recreo durante 6 ó 7 meses por sanciones que se acumulaban. Casi siempre eran por las mismas cosas, por saludar, por comunicarse, por no dar cumplimiento a una orden. En realidad los hechos importaban bien poco.

En ese sector estoy tres meses y luego me llevan al calabozo por 20 días, no recuerdo bien por qué. Cuando regreso festejábamos el cumpleaños de Rita Ibarburu, que coincidía con el aniversario del PCU.

¿Cómo se festejaban los cumpleaños?

Al primer llamado se formaba el coro de voces todavía dormidas para rodear a la homenajeada con Las mañanitas del Rey David; después se abrían las rejas y llegaban las de las otras celdas. Se entregaban los regalos, algún hueso convertido en anillo o colgante, una bufanda, un bordado. Se improvisaba la torta con galletita molida, merengue y dulce de leche y de tarde se armaba la reunión para la cantarola. A veces se preparaban cosas especiales, una representación, un sketch, una murga. Los pequeños regalos, las “afectividades”, expresaban muchas cosas para quien las daba y quien las recibía y se convertían en fetiches importantes en el reducido equipaje de cada una.

En medio de la fiesta que habíamos preparado para Rita, entran los oficiales de granaderos (desde el 80, encargados de los sectores) y nos sacan a la enfermería a todas para requisarnos las cosas. Mientras, hacíamos apuestas para ver a quién enviaban esta vez al calabozo. Una hora después nos llaman a una compañera y a mí y nos comunican una sanción de veinte días por cantar canciones subversivas. En ese momento no me lo esperaba porque recién había salido del otro: lo arbitrario genera mayor impotencia.

A esa altura estaba preparada para llevar aguja e hilo escondidos en los dobladillos del saco, y varios pañuelos para poder bordar.

Ese calabozo fue bastante movido. Como se paraba en la cama para poder alcanzar la ventanita que le permitía ver los recreos del patio, la cambian de celda a una sin tarima y ella se niega a entrar, exigiendo al menos una silla. El oficial pone la silla en la celda y, como si se tratase de un juego, cuando ella entra, la retira y le comunica veinte días más de sanción por no dar cumplimiento a las órdenes. Está en el calabozo sin tener dónde sentarse y sólo de noche le entregan el colchón para dormir pero... si “El que fue a Sevilla perdió...” ahora, con la celda desierta, tiene todo el calabozo para caminar, y cuando los soldados observan por la mirilla no la encuentran y “Párese, 590!”, pero él no sabe si esta parada; “Frente a la puerta, 590!”, pero no ve a nadie; “Conteste, 590!!!”. y ella callada, calladita. Le comunican que será procesada por desacato.

Sanción tras sanción, termina diciembre y otra vez a perderse los paquetes de Fin de Año y el escabio hecho con frutas (celosamente escondido de las requisas) y las murgas y las tortas hechas con galletitas y dulce de leche, y los cantos... Los cantos no: Elisa, calabozo por medio, entona a las 12 de la noche en punto del 31, Vientos del Pueblo de Miguel Hernández.

La represión interna se había acentuado pero también la actitud de repuesta de las presas y cada vez eran más las irreverencias que acompañaban el proceso promisorio que, afuera, estaba viviendo el país. Los familiares estaban más entusiasmados y contaban de las acciones de la resistencia, de los artículos de la prensa opositora, del frente antidictatorial y de la esperanza. Las presas acompañaban como podían. Diciendo NO, por ejemplo.

Como los NO que decía Alicia Troglio, que nunca les firmó el acta de procesamiento. Había estado presa en 1972 durante varios meses y el juez militar le había decretado la libertad encontrándola inocente. Años después la llevaron a Punta de Rieles, reabriendo el mismo expediente cuando ya era “Cosa juzgada”, y en eso se basaba Alicia para decir que “No. No les firmo nada”.

Irreverente y firme Alicia, con poco bagaje teórico pero con mucha dignidad, aunque para algunas compañeras no valiera la pena “Tanto defender la firma, Alicia, si la dictadura no va a caer por eso y con firma o sin ella, presa estás igual”. Pero a Alicia la llevaban al juez y, como no firmaba, la reprocesaban por desacato; de ahí dos meses al calabozo “Para que se ablande” y otra vez al juez que volvía a escuchar el “No. No les firmo nada”. Que Alicia decía cada vez más fuerte, yendo de desacato en desacato, de calabozo en calabozo, irreverente, firme y digna, Alicia.

¿Cómo eran las requisas? ¿Se hacían más por el interés de encontrar algo especial o por recrear el clima represivo, no fuera que alguna se hubiera olvidado de dónde estaba?

Eran un mecanismo represivo más, que variaba en intensidad y envergadura según los momentos. En algunas oportunidades servía para poner micrófonos y sacar una serie de instrumentos de trabajo de elaboración casera y las guitarras o las cosas de color rojo (a las que tenían particular aversión). En otras oportunidades eran el destrozo de tus cosas personales, desaparecían las fotos familiares y los tapices que estabas haciendo. Eran siempre un daño y una agresión. En el 81 recuerdo una requisita del sector A. Cuando volvimos a las celdas no sabíamos por dónde empezar: yerba encima de la ropa, destrozo de materiales y el parlante a todo volumen con la canción Disculpe.

El odio al rojo les venía por el significado que tenía para nosotras. Una vez se dio una situación muy cómica:

Cuando ya quedaban pocas cosas de color rojo (incluso requisaban bombachas que tuvieran ese color, se daba la paradoja que los ponchos verdes del ejército estaban forrados con un paño rojo, y nosotras el 1 de Mayo colgamos en las cuerdas de la ropa los ponchos de ese lado. En el correr del día se dio una guerrilla de colores: las soldadas bajaban a la cuerda y daban vuelta los ponchos del lado verde; las compañeras de los distintos sectores, al finalizar su recreo, volvían a las cuerdas y los ponían del lado rojo, y así sucesivamente. Desde el sector observábamos los movimientos y cuando ganaba el rojo todas aplaudíamos y nos azoraba el juego tonto al que ellos también se sometían. Es que estaban tan metidos en nuestras vidas que quedaban entrampados.

Dos mundos de mujeres se miraban a través de las rejas. Nosotras y las PMF. El cuerpo de soldadas se había creado en 1973, antes del golpe militar y se caracterizó siempre por la homogeneidad de sus conductas y el estricto cumplimiento de las órdenes que los oficiales les impartían amén de una dosis personal de cierto sadismo que les servía para ascender.

Mientras con los soldados hombres, en los cuarteles, era posible establecer un diálogo y hasta entonces encontrar conductas de solidaridad o compasión, con el cuerpo de PMF resultaba imposible. Como cuerpo especial, destinado al control diario de nuestras conductas, ellas se alimentaban o justificaban, en el odio a nosotras como “enemigas de la patria”.

La necesidad de agradar a sus superiores y el sometimiento al orden establecido afianzaba la subordinación histórica que como mujeres padecían.

Estas mujeres parecían poseer un modo particular de ejercer la violencia, la vejación psicológica y la humillación. Tal vez la pertenencia de género y esa experiencia vital tan ligada a lo “privado” les daba la capacidad inconsciente de actuar sobre nosotras, también mujeres, en los pequeños detalles, donde más irritaba y dolía. En la experiencia de opresión de las mujeres se encuentran manifestaciones cotidianas de autoritarismo por ejemplo, en la relación madre-hijo y maestra-alumno. Aquí el ejercicio del sadismo estaba reforzado por la función destructora otorgada a las PMF.

Nosotras inventábamos subterfugios para poder expresarnos y ellas los usaban para obstaculizarnos.

Poseíamos el lenguaje de los sonidos y de los signos y como expertos Tiresias sabíamos leer los peligros en los ruidos nocturnos. Si todas las rejas se iban abriendo en su orden, en el primer y segundo piso la lectura clandestina (que el resplandor del corredor permitía) podía continuar, cautelosa hasta que los pasos se acercaran. Si, en vez de leída, la noche era mateada con murmullos de confidencias, la estampida no sería nada discreta para las que debieran volver a ocupar las cuquetas de arriba. Para muchas, el después del silencio era el espacio de estar consigo mismas, procesar vivencias, extrañar y extrañar, leer o escribir cartas, poemas... Pero la carga mágica y a veces abrumadora del estar queriendo, rabiando, sintiendo a cada una, no se desprendía fácilmente con la noche, y si alguien estaba mal el sueño se hacía más liviano. Si se sentía un motor y alguna reja en mitad del sueño, siempre había alguna que, como “Las madres terribles” de Lorca, levantaba la cabeza.

Una vez, a las 2 de la madrugada, el ruido de un motor frente al edificio me despertó. Corrí a la ventana y vi a la ambulancia casi al mismo tiempo en que escuché las rejas. Me quedé apostada en el agujerito del acrílico y distinguí a Rita en la camilla. No pude, no se puede hacer nada para

espantar el susto y le grité, me grité: “Fuerza, Rita!” pensando “No te mueras ahora!. Te faltan pocos meses para cumplir la pena. ¡No te mueras ahora!” Se organizaron las guardias para comunicarnos con las compañeras de su sector. Días después, los mensajes cifrados devolvían la tranquilidad: Rita se había recuperado y habría canciones, sonrisas y neuronas para rato.

Con Gladys Yáñez había sido distinto. Cuando la internaron, todas sabíamos- y ellos más que nadie- que la iban a dejar morir. Le habían negado una libertad que probablemente la salvaría y sólo podíamos esperar que las que iban al calabozo o al hospital se encontraran con alguna del B para tener noticias. Queríamos derrotar a la muerte con nuestro alerta. Pero esos 150 pares de ojos fueron testigos del asesinato: ropa negra colgada en las cuerdas del patio y una voz desde el C que cantaba para que lo oyera todo el Penal “Qué dirá el Santo Padre...?”

Cuando salís del calabozo, ¿volvés al sector B?

No, en el calabozo me entero que iré al C, porque a veces las compañeras te gritaban o colgaban en las cuerdas de la ropa tu bolso para que vieras a qué sector te habían mandado después de la reestructura. Los últimos días estuve completamente sola; todo lo que servía para llenarte las horas, saludar a las compañeras, silbar cuando barrían, era imposible.

El sector C, en cierto sentido, fue para mí como el balance de la cárcel, síntesis final de lo vivido y preparación para la salida. Estaba constituido en su núcleo fundamental por compañeras que llevaban años viviendo juntas y esto le daba más estabilidad y organización, puesto que todas se conocían y había más actividad y espacio para hacer cosas de cierta envergadura. Siempre me había movido en todo tipo de iniciativas (diarios, noticieros, espectácu-

los y cosas por el estilo) pero pocas veces había podido completar los planes, ya fuera por las reestructuras o por los calabozos. Esta vez iba a poder realizar algunos proyectos, como hacer teatro en serio y un trabajo de estudio sobre el imperialismo en América Latina.

¿Es en este sector que se representa “La Sal de la tierra”?

Sí, lo habían hecho ese fin de año, antes de la reestructura, y también un libro de cuentos sobre la mujer que llevaba el mismo nombre. Era el primer intento para abrir una reflexión organizada sobre el tema. Se debía hablar sobre nuestras vivencias, pero costaba mucho desprenderse del cascarón del “nosotros”, ese plural que nos abarca y nos niega al mismo tiempo. Fue una propuesta de Cecilia que llegada a la cárcel en el 82, traía ya una reflexión feminista y, voluntariamente, quería promover la discusión sobre la realidad de las mujeres.

¿Cuál es el tema de la película?

Es la historia de una huelga minera en el sur de los EEUU y plantea cómo las esposas comienzan a organizarse para apoyarla, y las contradicciones que se generan en el seno de la familia. El eje es que los sindicalistas se oponen a que sus mujeres salgan de la casa y abandonen sus responsabilidades familiares para luchar junto a ellos.

Recién me hablabas de hacer teatro “en serio” ¿te referías a algo más que a un collage, que a un sketch?

Sí. A Yerma, por ejemplo, que nos dio un trabajo bárbaro.

¿Por qué “Yerma”, justamente?

Me preocupaba cómo las vivencias personales, los lazos con el exterior, la pareja, los hijos, etc, estaban acantona-

das como problemáticas inexistentes o idealizadas como situaciones inamovibles.

La mayoría de nosotras seguíamos pensando como mujeres, en los mismos términos en que lo hacíamos años atrás, y entonces se trataba de hacer algo para reflexionar sobre algunos temas presentes en nuestra vida pero reprimidos en su expresión, como la “no maternidad” por ejemplo, que pesaba en muchas porque, por supuesto, no podían hacer una elección libre de ser o no madres, estando presas. Y estaba también el tema del tiempo, que hacía que muchas pensarán que ya no serían madres sin que siquiera se reflexionara acerca de que vos podés ser mujer y sentirte plena aunque no hayas tenido hijos.

En la celda en que yo vivía estaba también Jessie, con la que teníamos largas conversaciones. En un período que estuvimos a rigor en el sector (no podíamos salir de la celda en todo el día) comenzamos a pensar en hacer algo que pudiera abrir esa temática. Cuando alguien se iba en libertad las demás hacían regalos, festejos; yo me iría en noviembre y quería que fuese al revés: quería dejar como regalo ese trabajo. Así surgió la idea de hacer Yerma. En ese momento el sector tenía otro grupo de teatro que preparaba *El Rey se muere*, de Ionesco, y que fue puesta “en cartel” después de Yerma con un “gran éxito de público”.

En un sector mas o menos estable los grupos de teatro eran una actividad permanente, y en ése había toda una tradición: ya habían hecho Becket o el honor de Dios.

Después del “Soy América” ¿ésta es la primera vez que actuás?

No. En el sector B habíamos hecho *El herrero y la muerte a partir del cuento*, que era lo único que conocíamos, pero

no fue demasiado elaborado como obra teatral. También en otro sector habíamos formado un grupo para representar Claro de luna (de un autor irlandés del que ahora no recuerdo el nombre), pero vino la reestructura y me cambiaron antes de la primera función. Había participado de algunas en joda, tipo sketch, pero así teatro, teatro era la primera vez que lo intentaba.

¿Qué criterios tomaron en cuenta para el elenco? ¿O no tuvieron ninguno en especial?

Muchos y diferentes. En el caso de una compañera, porque se enteró que íbamos a hacerlo y nos pidió para estar; en el de las otras, o porque teníamos afinidad o porque darían bien el papel.

Bueno, armaron el elenco, ¿ qué viene después: la lectura de la obra?

No, primero nos juntamos para plantear por qué esa obra y no otra: porque tocaba un aspecto que tenía mucho que ver (dentro de todas sus contradicciones) con el drama que puede vivir una mujer ante la no maternidad, unido a una reflexión sobre su propia sexualidad. Yerma no encuentra otro camino (por las limitaciones culturales y sociales que existían en esa comunidad provincial) para poder resolver su libertad como mujer, y por lo tanto, no tenía otra opción que odiar a su marido y terminar matándolo como canalización de sus propias frustraciones. Más allá de la anécdota, me parecía un drama que en el Penal se vivía en concreto, sintiéndonos “yermas”, aun pese al contexto particular andaluz que podía desdibujar nuestra realidad. El objetivo era ése: abrir una discusión que venciera las autodefensas que cada una se generaba y pudiera darse un debate acerca de cómo se estaba viviendo ese problema. Después leímos el texto y lo discutimos.

¿Siempre tuviste claro que vos podías hacer de “Yerma”?

Siempre; además lo viví como in-crescendo. Pero de ahí a vivirlo gestualmente hay un camino bastante largo. Todavía me acuerdo del ensayo en que ella se encuentra con la vieja, termina tirándose al suelo en actitud de súplica, pidiendo que haga algo por su fertilidad, las citas para las “magias secretas” de su ser madre... y a mí no terminaba de salirme el tirarme al suelo, el dejarme caer, el abandonarme para que la escena tuviera credibilidad, y una compañera me decía: “Está mal, está mal, no es así...”. Y era desesperante porque me daba cuenta que tenía razón, pero que canalizar la expresividad me costaba mucho y siempre me parecía que las demás lo hacían más fácilmente. Había cosas que se nos volvían muy complicadas o porque necesitaban música o porque requerían una escenografía especial y nosotras no teníamos los elementos, pero justamente, el reto fue lindo y hasta nos quedó bastante bien resuelta la romería, la fiesta, y la compañera que lo hizo le puso mucha frescura a la escena.

¿Cada una se encargaba de una tarea, de la escenografía, del vestuario, por ejemplo, o hacían todo entre todas?

La escenografía la fuimos pensando en la medida’ en que íbamos instrumentando las escenas, y en general, todo era entre todas.

¿Primero ensayaban la actuación?

Sí, primero leyendo, después memorizando y luego el ensayo en grupo. Pedíamos que a tal hora dejaran libre una celda (después de bandera o a la hora del recreo) y ensayábamos todas juntas. La parte del vestuario se

tenía que hacer con lo que había, así que cada una tenía que pensar qué era lo que estaba disponible como para ser utilizado en tal o cual cosa, y lo mismo con respecto a la ambientación. No teníamos muchas cosas, claro.

¿Nadie dirigía?

Nadie.

Para que les fuera más fácil resolver los problemas de espacio, los problemas técnicos, ¿por qué no adaptaron la obra?

Creo que, en casi todo lo que pudimos, seguimos las indicaciones del autor al pie de la letra. Así el reto era más grande. La representamos en una de las celdas del fondo, que tendría 5x5 mts.

¿Y en ese espacio tenía que entrar la representación y el público?

¡Claro! Las que miraban la obra lo hacían sentadas en las cuchetas que habíamos cambiado de lugar; seríamos 26, más o menos.

Todo un éxito de público, porque estaban todas las del sector que esa noche no fueran al cine o a bailar... ¿Tenían telón?

Lo hicimos con las frazadas y lo utilizamos para cambiarnos la ropa y transformar el escenario.

En ese teatro se podía fumar y tomar mate, ¿no?

Y como no había que sacarse el sombrero...

¿Te gustó actuar?

La representación la viví tan intensamente que no me acuerdo 'de nada, sólo del final-final, del final de la obra, porque quedé temblando durante unos cinco minutos en los que no sabía dónde era que estaba. Fue una cosa rarísima, una sensación que no había tenido en mi vida, de real transposición de personalidad. Me costaba volver a la realidad, no veía a nadie, fue una sensación horrible y apasionante, de vacío total porque terminaste algo que estabas viviendo y que, físicamente incluso, te hacía sentir en otra parte y en otro tiempo.

¿A lo largo de toda la obra tuviste esa sensación?

Durante toda la representación, pero más en el final porque, por el in-crescendo dramático del que te hablaba (cosa que no me ocurría en los ensayos, en los que sabés que estás interpretando pero no viviéndolo aún), te dejás ir y terminás sin controlarte más y dejás de ser una para ser otra. Aunque si bien es cierto que el final tiene todo ese dramatismo y te lleva a ese especie de posesión de otra persona que termina perteneciéndote, hay otros momentos de la obra que son más impactantes, por ejemplo, el momento en que él va a buscarla a la casa de la vieja, o cuando ella le grita a ésta lo que realmente siente por ese tipo; eso me llegaba muchísimo más que la escena final, aunque ésta fuera la conclusión de todos los otros elementos que a lo largo de la obra vas acumulando. Además, la misma Yerma se va transformando en otra cosa. Si bien era una obra que siempre me había gustado, nunca me había llegado tanto como en el momento de representarla, esa vivencia es inédita.

¿Fuiste creando una “pose de Yerma” o no la tuviste que inventar y lo que ella decía lo podías haber dicho vos, hecho vos, en sus mismas circunstancias?

Creo que en “Yerma” hay una cosa que es una vivencia muy

femenina y por lo tanto, fuera de todo ese contexto, de esa problemática y de esa realidad, aunque te cueste llegar a vivirte como ese personaje (por las inhibiciones, y sobre todo y pese a que ensayo tras ensayo, vas cada vez compenetrándote más y dejándote ir), todas tenemos algo de ella. Lo que no entiendo es cómo hacen los actores, noche tras noche, para “ser otro” y tener esas sensaciones tan agotadoras...

¿Cómo lo hacen? Entre otras cosas, con mucha neurosis.

Y sí... En ese momento, cuando terminó la representación, yo pensaba: “Si en vez de una celda fuese un teatro y tuviera que hacerlo todas las noches, cómo haría con esta sensación que no se parece en nada a la alegría sino más bien al vacío, al sentirte deshabitada”. Porque no se trata de que sea por una o dos horas solamente... se trata de que es la vida de otro la que estás viviendo.

¿Te extrañabas a vos misma?

Sí, claro, era como si me hubieran arrancado algo, porque cuando se terminó y todo el mundo después de un rato se ponía a hablar de otra cosa, yo me preguntaba:

“¿Cómo es posible, ya, hablar de otra cosa?”

¿Y con “Yerma” lograron que las compañeras hablaran sobre el tema de la no-maternidad?

No, no sirvió para lo que queríamos. Todo el mundo decía “¡Qué bárbaro! ¡Qué bien les quedó!”, pero no salían de ese comentario.

¿A qué crees que se debiera? ¿Fue poco una función o fueron muchas las barreras?

A que las barreras eran más altas de lo que habíamos pen-

sado y los mecanismos de defensa más fuertes. Pero tal vez las cosas no sirvan casi nunca en el momento concreto y sin embargo dejan una lección para después. Tal vez vos vas sedimentando un montón de cosas aunque la cárcel no sea el lugar donde puedas abrir de par en para toda tu vida y revisarla, por lo menos en el terreno personal. Resultaba más fácil hacer un análisis político de cuáles habían sido tus errores o de cuáles tus ideas y remover una cantidad de cosas sobre el proceso histórico, que tocar algunos aspectos más personales, cuando además todo era incierto, todo era abstracto, todo era inexistente. Realmente, ¿quién podía pensar o rever sus relaciones de pareja, con los hijos, con los padres, si eran cosas tan lejanas? Solamente lo podías hacer si esa reflexión de alguna manera ya te había comenzado antes, cuando la estabas viviendo y vos ya habías empezado a pensarte como mujer y con tus condicionantes. Si no, vos te movías y todo lo demás estaba estático; en un espacio cerrado te movías, y de repente mucho, pero en realidad no sabías cuánto te habías movido en relación a todo lo estático que estaba afuera, y máxime porque no estaba estático sino que lo estaba en relación a vos. Por eso, para mí, el drama de Yerma iba más allá del marido (personaje muy odiado por mí pero que no dejaba de ser un pobre tipo), más allá de cada uno de los personajes que estaban en la obra. Incluso, creo que podría representarse con uno solo: ella misma. En realidad el objeto de su odio, de su frustración, era ella y su condición social más que el marido, ese ser concreto al que ella termina matando. Su cárcel estaba dentro de ella, dentro de su propia limitación para sobrepasar los niveles en los cuales socialmente estaba condicionada.

¿Y si, ya que hablamos de “Yerma”, hablamos de la sexualidad? ¿Qué pasó con la sexualidad durante todos estos años? ¿Se ejerció, se hizo tabú, se sublimó, se escondió?

Ese es un tema que sentía mucho física y psicológicamente, sobre todo en la etapa del cuartel en que estaba

sola, porque cualquier tipo de relación que tengas con los demás, tendrá siempre (al menos potencialmente) cierto componente erótico o sensual. Hay una forma de erotismo social que puede ser canalizado intelectualmente pero que existe. Yo tenía muchos sueños, y cuando los tenía me despertaba porque, como pasa generalmente con ellos, son un tanto frustrantes y sólo los podía resolver en la masturbación.

Nuestro cuerpo, que es desde siempre blanco de la violencia y la cosificación, ese “objeto de deseo” que nos niega como personas, es también el único espacio de proyección desde el cual se acumulan las experiencias y la sabiduría de todas las mujeres. Creo que en nosotras la sensualidad es un amplio campo de emoción, de ternura, de afectividad... Y de sexo.

Y de sexo, porque el placer ha sido rescatado en mil pequeños gestos y relaciones con las cosas y los seres.

La marginación ha hecho que las mujeres vivamos el cuerpo como una prisión. Sin embargo, dentro de esa prisión - la metafórica, la otra fue muy concreta- hemos sabido construir nuestra fuerza, nuestra nueva identidad, y es a partir de esa experiencia que hemos mantenido íntegra la unión entre afectividad y sexualidad.

¿Y en la prisión concreta?

En ésa todo está reprimido, prohibido, censurado, y el mismo entorno gris que no permite los colores, las músicas, los sabores ricos, la belleza, no te motiva los sentidos y más bien que te adormece la sensualidad. La ajenidad de cada una respecto a su cuerpo y el peso de los tabúes ponían el resto de las barreras. La profundización de vínculos entre dos compañeras era vivida muchas veces con terror por parte del grupo, tanto por el miedo cultural

al lesbianismo como por la inseguridad que podía plantearte. En el terreno personal, imperaba la tendencia a “conservarse” comprometiéndose lo menos posible, para adquirir una “serenidad” que también podía estar expresando frustraciones e incapacidades. A veces, al tabú del sexo se le abría una pequeña compuerta cuando alguien contaba un sueño o recreaba para las otras el anecdotario de vivencias anteriores a la cárcel que terminarían siendo, muchas veces, el blanco de las fantasías sexuales de cada una esa noche.

La capacidad de adaptación del ser humano es gigantesca y la mayor cultura política e ideológica ejercía como un gran justificativo para procesar la adaptación. Sin embargo, las demostraciones afectivas, los cantos, los poemas, la fuerza de un abrazo, eran sin duda una forma de erotizar la vida.

EL AFUERA , EL AFUERA

Estamos en 1983. ¿Cómo se vivieron las primeras libertades?

La salida planteaba inseguridad. Las cosas acantonadas aparecían de pronto en primer plano. Una cotidianidad sustancialmente distinta sustituiría a ésta, conformada también de hábitos y manías.

La familia, la vida de pareja, la sexualidad, el trabajo, la inserción social, eran apenas ilusiones construidas en la desinformación. Y esta vivencia intransferible se daba en un medio que permanecía. Vos te ibas pero otras quedaban y esas otras eran muchas veces más próximas que tu familia o tu pareja. Esas otras formaban parte de tu historia de años, habías reído y llorado más con ellas que con cualquier otra persona. En ese momento, más que nunca, querías que la cárcel misma desapareciera, querías llevarte a todas.

Para las que quedaban era una forma de salir. Puede parecer retórico pero creo que la mística también es necesaria, y en un mundo cerrado es una forma de apertura.

En ese período, por otra parte, se había consolidado la actitud de resistencia. No se acatan las órdenes, se rompen una y otra vez los acrílicos de las ventanas, no se acepta la incomunicación con el exterior y, entre nosotras, se grita, se saluda, se pasa información, se actúa con mayor libertad y menos condicionamientos. Pero también se vive en tensión. Muchas energías se liberan en este enfrentamiento que a la vez produce desgaste. Las enormes barreras de autodefensa construidas son difíciles de derribar y se prefiere pensar que los signos exteriores son promisorios pero no definitivos. Quien tiene para veinte

años y lleva doce, prefiere no desmoronar sus defensas para no destruirse.

Máxime si al mismo tiempo en que algunas empezaban a salir, otras eran recientemente detenidas y torturadas.

Sí. A veces resultaba difícil hacer un análisis objetivo. Los familiares, cuando las elecciones internas de los partidos políticos, nos habían pasado algunos programas de radio y sabíamos de las caceroleadas y las protestas, de las misas por los desaparecidos y el comité de madres y familiares, los reclamos de amnistía... pero también en el 83 detienen a cerca de veinte estudiantes de la UJC y los torturan y nos enteramos de la violación de una muchacha en el Departamento 6*. En el 84 procesan a una compañera por pertenecer al PVP y matan al Dr. Roslik en las torturas. Se pensaba que la libertad de los presos era una carta política y se sabía que dependía de la fuerza de las organizaciones populares el logro de la amnistía.

La razón pesaba pero, mientras tanto, los signos cotidianos no habilitaban una lectura tan simple.

¿Cómo viviste tu salida?

Cumplía la pena el 21 de noviembre y estaba absolutamente segura de que iba a salir y no me iban a retener como lo habían hecho en 1973, pero lo vivía con cierto sentimiento de culpa porque, por más que tuviera la seguridad de que la dictadura no iba a durar mucho más, me pesaba la realidad de tantas compañeras y, en especial, de las que estaban en mi sector, viviendo juntas desde hacía tantos años.

* Departamento de Inteligencia de la Jefatura de Policía de Montevideo

¿Y cuando se iba acercando el 21 de noviembre?

Lo vivía tratando de hacer cosas para poder dejárselas. Cosas de pronto tontas pero que eran las que tenía. Bordarles, regalarle a cada una algo, repartir la ropa (eso lo hacían todas, nadie se llevaba nada). El uniforme nuevo se lo dabas a alguien para que lo “heredara”, las frazadas, los objetos que querías y habías podido salvar de las requisas durante años. Un pañuelo de un calabozo que tenía valor porque alguien lo había hecho para vos bordándole gaviotas con los hilos que le robara a una toalla...

Pero bueno, por más complejo de culpa y angustia que tuvieras por las que se quedaban ¿querías salir o no?

¡Claro que quería! Y además me parecía muy interesante poder vivir ese momento del país en que todavía no estaba todo resuelto pero que a la vez era riquísimo. Sería bueno poder integrarse a ese proceso de reorganización y lucha callejera. Me parecía el mejor momento para la libertad, podía estar en las caceroleadas, ver qué era aquello, oír cómo sonaba, cómo se organizaba la gente.

¿Y no tenías otros miedos más cotidianos tales como no saber dónde vivirías, cómo sería el reencuentro con tus hijos, si tendrías trabajo?

No, no me daba miedo. Pensaba que me iba a encontrar con gente que hacía años no veía, con compañeros de mi partido, de magisterio..., quería ver cómo se juntaban los distintos pedazos. Saber cómo trasmitías vos las vivencias que habías tenido como presa y cómo incorporabas lo que los demás habían vivido, cómo nos trasmitíamos la confianza.

En el plano personal no pensaba demasiado qué era lo que me iba a pasar. Sabía que no iba a poder colmar todas las expectativas que mucha gente tenía sobre mí; sabía que Camilo

no estaba y que cuando saliera me iba doler mucho más no verlo que casi no haberlo visto en tan pocas visitas... Quería ir a buscarlo a Italia pero también sabía que quería vivir en Uruguay y que no podría irme y volver cuando la dictadura ya no estuviera. Con Francesca sabía que también sería difícil: una cosa es ser madre cada quince días, cada mes o cada seis meses (como llegó a pasar en algunos períodos) y otra es estar conviviendo, empezando a conocerse y contradiciendo. Además, por la propia dinámica de resistencia que había vivido en la cárcel, mis necesidades iban más allá del ser madre.

El día que salí había en mi casa veinte periodistas brasileros con la televisión y durante diez días estuve haciendo cosas que me alejaron de lo cotidiano. Viví como en otro mundo, salía de una cárcel y ese mismo día estaba hablando para una televisión extranjera con un montón de gente que no conocía y que me demostraban cariño y solidaridad. Esas cosas descolocan un poco. Entrevistas, entrevistas y entrevistas, algo que parecía no tener que ver con el mundo del que salías en donde, si te pasaban información, te cortaban la visita o te llevaban al calabozo. A los pocos días fue el acto del Obelisco y me encontré, pese a la clandestinidad de tantos, con compañeros con los que estuvimos horas hablando y veía gente, veía gente y veía gente. Todo era contar y que te contaran... En febrero fui a Brasil, y otra vez lo mismo: el recibimiento, la reconstrucción del secuestro, la prensa y entrevistas, entrevistas y entrevistas.

Y en toda esa locura, ¿Francesca dónde encajaba?

No encajaba. Ese fue uno de los problemas. No encajaba demasiado en todo eso. Recién al volver de Porto Alegre fue que pudimos tomarnos unos días, encontramos casa, nos mudamos y empezamos a hacer una vida distinta. Viviendo solas, empezamos en marzo una relación que desde noviembre no habíamos podido tener y que, desde 1978, nos habían robado.

Tremendo problema el lograr integrar el adentro y el afuera ¿no?

Todas las cosas eran nuevas y eso te exigía una enorme energía para poder absorberlas y vivirlas, y creo que eso solo se podía hacer si mantenías ciertas cosas como cerradas. Ciertas compuertas que debías abrir y que te implicaban un gran esfuerzo, dependían de que cerraras otras. Me encontraba con las compañeras de Punta de Rieles en algunos actos y manifestaciones pero, en la medida en que no desarrollaba la relación, cada vez te encontrabas menos y tenías menos para hablar. Fue un proceso natural porque, además, ninguna de nosotras estaba en condiciones de sobrepasar el anecdotario y de ubicar lo que habla vivido en ese contexto tan complejo y múltiple que era la libertad con todos sus requerimientos en el Uruguay de 1985.

En tu caso, hubo mucha publicidad. Esa especie de “fama”, de presencia pública, ¿qué implicó para vos?

Mi caso no tiene nada que ver con mi persona. Toda esa campaña se hubiera dado también con otra compañera o compañero que hubiese estado en ese tiempo y en ese lugar y bajo las mismas circunstancias.

El hecho de que la gente te conozca te pone en situaciones que muchas veces te hacen sentir incómoda porque no es fácil estar en esa situación y decir: “Bueno, entonces... ¿yo qué hago con esto?”. Sobre todo al no ser un patrimonio personal que hayas ganado.

Aunque te rías, creo que en esto también siento la discriminación, porque en los casos de los compañeros varones que estuvieron presos y por los que también se hicieron campañas internacionales que repercutieron en la prensa, como la mayoría eran dirigentes, la “popularidad” que les

agregaron esas campañas se legitimó por su misma calidad de líderes. En cambio, cuando esto sucede con una mujer, la cosa es más complicada exteriormente y en su vida personal.

Sentís satisfacción cuando una cosa que hacés sale bien, pero prefiero que sea en el plano de las iniciativas concretas y no en el de explotar un conocimiento público. Creo que siempre, para una mujer, el de la presencia pública es un tema difícil, y más cuando no es el resultado de algo que realizaste sino por algo que “te hicieron”.

¿Te sentís una víctima?

Sólo en tanto ciudadana de este país que sufrió una dictadura. Pero desde que elegís el camino de enfrentarla, la pasividad que la palabra “víctima” lleva implícita, se acaba.

Pese a ellos, cada una de nosotras crecimos en la experiencia de actuar, pensar y decidir. En ese mundo de blanco y negro donde los matices eran muchas veces peligrosos, se pudo abrir un espacio para la creatividad y la ternura. Muchas compañeras fueron, durante esos años, pilares de esa construcción.

Intuitivamente sabíamos que la represión actuaba con nosotras de manera específica, que el Comandante Cresci y el Capitán Silveira habían mantenido una continuidad en la conducción del penal, procesando la información que nuestras pautas de conducta ofrecían. Sabíamos que las reestructuras no eran casuales, que no lo era el armado de una celda, y sabíamos mucho más empíricamente acerca de nosotras mismas, pero carecíamos de un bagaje teórico para conocernos como mujeres y trabajar, también en ese plano, la propia experiencia.

El límite estaba en nosotras mismas. El mundo exterior nos era ajeno y aparecía como la condensación de todo lo que en ese momento no teníamos. El ansia de privacidad de cada una, después de pasar años viviendo colectivamente, acentuaba la aspiración de una vida corriente y simple, una casa como cualquier otra, la familia, los hijos...

Durante años estuvimos juntas y el caudal enorme de la afectividad fue nuestra mayor fuerza y riqueza, pero nunca pudimos abordar como tema político lo que significaba ser mujeres en una cárcel. Muchas veces escuché decir:

“Los hombres no se complican tanto la vida” y en el fondo de ese comentario había una admiración ancestral hacia el varón y su capacidad de ser más militante y más simple. También allí el mundo subjetivo era privado, y también, entre mujeres, los dramas sociales que vivíamos como género eran problemas personales. A la libertad salimos con un patrimonio de gestos, de canciones, de fuerza y entusiasmo, pero ese equipaje valía poco ante las “reglas de juego” del afuera. La seguridad conquistada en lo colectivo más de una vez trastabillaba: ¿qué valor tuvo todo aquello? ¿a quién transmitirlo?

Al rehacer la vida, en todos los terrenos se emprendía una lucha despareja. Tal vez todos, hombres y mujeres, vivíamos nuestras heridas con pudor y algunas compuertas las cerramos expresamente con candado. Todos teníamos mucho que hacer, insertarnos, fortalecer nuestras organizaciones políticas y sociales, conseguir trabajo, vivir nuestra afectividad y, la mayoría de nosotras, volver a ser madres o serlo por primera vez.

Aquel protagonismo ya no nos pareció tan importante: en política, las reglas son otras y tal vez la mayoría haya sentido que la experiencia vivida no nos había capacitado especialmente para seguir siendo hacedoras.

Para rescatarlo en todos sus grises fue necesario reconocernos en otros rostros, en otros gestos, en otras manos y sabernos capaces de inventar la alegría, siempre.

Agosto de 1987 - setiembre de 1988